

EL SIGLO MEDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIÓDICO DE MEDICINA, CIRUGÍA Y FARMACIA,

CONSAGRADO A LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

MODO DE PUBLICACION Y OFICINAS DEL PERIÓDICO.

Se publica EL SIGLO MEDICO todos los domingos, formando cada año un tomo de más de 850 páginas y doble número de columnas con la portada indice correspondientes.

El precio de la suscripción es 12 reales el trimestre en Madrid, 15 en las provincias, 30 al año en el extranjero y Ultramar y 100 en Filipinas. Puede la suscripción hacerse en la REDACCION, calle de la Concepcion Gerónima, núm. 14, principal; en casa de los comisionados de las provincias, y preferentemente por medio de libranza.

RESUMEN.

SECCION DE MADRID.—Apuntes para la formacion de un diccionario tecnológico.—SECCION PRACTICA.—Aun más sobre fiebres accesionales y su tratamiento, por D. SANTIAGO GARCIA VAZQUEZ.—PRENSA MEDICA EXTRANJERA.—De la rabia.—De la oftalmia de los ejércitos, por el Sr. HARRISON, de la Universidad de Luvaina.—De la influencia del sistema nervioso central en la produccion del calor en el organismo, por NAUNYN y H. QUINCKE.—PARTE OFICIAL.—Decreto.—REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.—Discurso sobre el criterio clínico, por el Sr. GARCIA CABALLERO.—Sanidad militar.—MONTE-PIO FACULTATIVO.—Secretaria general.—VARIEDADES.—La guerra en los tiempos modernos.—Introduccion de la vacuna en Buenos-Aires.—CRONICA.—VACANTES.—ANUNCIOS.—FOLLETIN.

MADRID 5 DE FEBRERO DE 1871.

APUNTES PARA LA FORMACION de un diccionario tecnológico.

Todas las ciencias necesitan de una tecnología, dotada de suficiente autoridad para servir de guia á los que se dedican á cultivarlas sin pretensiones de someterlas á una crítica propia, al menos en sus bases fundamentales. Para este fin son convenientes diccionarios, sancionados por corporaciones competentes que representen el criterio general. Los diccionarios de las lenguas son una buena muestra de la utilidad y la importancia de este género de trabajos.

Tenemos entendido que la Academia de medicina de Madrid ha dado ya algunos pasos para llevar á cabo la redaccion de un diccionario tecnológico de ciencias médicas que le encomienda su reglamento, y á la verdad, que si esta tarea hubiera de desempeñarse concienzudamente, con la lucidez, precision y exactitud que requiere, ninguna otra de las que pudiera emprender la citada corporacion seria, en nuestro concepto, más urgente y beneficiosa para los intereses de la ciencia en nuestra patria.

Efectivamente, en dos conceptos pueden ser de

sumo provecho los diccionarios tecnológicos: haciendo engranar el lenguaje técnico con la lengua madre, para que sin dejar de representar los adelantos de las ciencias y de las artes, no vaya introduciendo voces y terminaciones bárbaras, construcciones gramaticales viciosas, modismos disonantes que repugnen al genio y estructura de las voces y construcciones consagradas por autoridades literarias legítimas; y dando además á la expresion de las ideas y al sentido de las palabras, la uniformidad, claridad y precision, que tanto convienen para la emision y concepcion del pensamiento.

Respecto del primer punto, cualquiera echa de ver la anarquía que reina en nuestro lenguaje médico, empezando por el anatómico, que en época reciente pretendió con poco fruto regularizar Boscasa, y acabando por el patológico y el terapéutico. Los descubrimientos modernos se consignan gramatical y técnicamente en la lengua del que los hace, y al llevarlos los contemporáneos á sus paises respectivos, no siempre cuidan de traducir la expresion, desnudándola el traje extranjero y vistiéndola el nacional en la parte que sea posible. Muchas veces, ni aun es indispensable el neologismo para dar razon de novedades prácticas, que no carecen de antecedentes y analogías en las lenguas respectivas; otras conviene al menos, cuando se trata de otorgarles carta de nacionalidad en un idioma, adaptar las terminaciones de las palabras y la construccion de las frases en que figuran, á la índole y genio de la lengua en que se van á aclimatar. Sabemos que el uso es el que hace el lenguaje científico, como el vulgar; pero entre sabios, más que en el vulgo, cabe apelacion de estas sentencias, cuando vienen á aparecer demasiado arbitrarias ó injustas; y este papel es el que corresponde á los diccionarios tecnológicos redactados por autoridades competentes.

¿Hemos de decir, por ejemplo, *neurosis* en singular y plural segun se hace en castellano con las demás palabras análogas derivadas del griego, como análisis, síntesis, crisis, clorosis, sínfisis etc., ó bien



neurose como se escribe con harta frecuencia? ¿Habrá de conservarse la traducción de la *o* como *u* española en todos los compuestos, por ejemplo, de *pus*, ó será preferible interpretarla por *i*, empezando para la debida uniformidad por decir *pis*, en lugar de *pus* como se ha dicho hasta ahora? ¿Se deberá usar ó suprimir la *h* en todos los derivados de *alpha*, sangre, como *hemorragia*, *anemia*, etc.? ¿qué voces españolas podrán adoptarse como equivalentes exactos de muchas extranjeras, con que los grandes adelantamientos de la semeiología y de otras ramas de la medicina han enriquecido la ciencia? Estos escasos ejemplos, elegidos al azar y sin orden entre los muchos que se presentan á la imaginación, bastarán para dar una idea de la necesidad y utilidad de un diccionario tecnológico bajo el punto de vista de la uniformidad y conveniencia del lenguaje.

Pero en otro orden de consideraciones es todavía más apremiante la espresada necesidad. Los que cultivan la medicina sin deseos ni esperanzas de mejorar sus teorías, y con el único fin de aprovecharse de ellas para dirigirse en la práctica, se apoyan más á menudo de lo que se cree en la definición de las palabras, para proceder sistemáticamente en la formación del diagnóstico y en la elección de los remedios. Quítese á estas inteligencias rutinarias el apoyo de una definición viciosa, y se conseguirá al menos advertirles de las dificultades que necesitan vencer, y que unas veces los harán más estudiosos, otras mas diligentes en la observación, y siempre más cautos.

No suele buscarse solo una palabra en el dic-

cionario de la lengua para saber como se escribe; tambien ocurre á veces apelar á esta consulta para conocer lo que significa; y de la misma manera los diccionarios tecnológicos de medicina, que debieran hallarse en manos de todo el mundo, se utilizan para satisfacer esta doble necesidad ortográfica y etimológica. Así lo han comprendido los Sres. Littré y Robin cuando se han valido de semejante medio para ingerir en la obra popular de Nysten toda una filosofía que quieren vulgarizar. Pero aquí se halla precisamente la mayor dificultad que necesita vencer la autoridad científica que se decida á amparar con su nombre una obra de este género, como ampara su diccionario la Academia de la lengua.

¿Puede definirse el lenguaje médico prescindiendo de toda tendencia sistemática? Si hubieran de tomarse como regla los vocabularios de las lenguas nacionales é internacionales, pudiera sostenerse como asequible la falta de unidad é intencion filosóficas; porque efectivamente, en tales producciones se ha solido atender poco al sentido, procurando solo consignar el uso corriente, y sin tratar de someterle á un criterio superior. No diremos si esto es una falta ó una perfección; solamente sí que hubiera sido difícil proceder de otra manera, tratándose de todas las palabras de una lengua, esto es, de los *signos de todas las ideas*, que formarian la enciclopedia más completa si hubiera de explicárselos, no ya solamente bajo el punto de vista gramatical y ortográfico, sino bajo el de su verdadera y genuina significación racional. No hay corporación bastante autorizada, ni con fuerzas suficientes, para llevar á cabo una empresa de este género; y si alguna la acometiese, seria de

FOLLETIN.

ESTUDIO BIOGRÁFICO Y BIBLIOGRÁFICO ACERCA DE DON ANDRÉS Y PIQUER, ESCRITO POR EL DOCTOR PESET,

premiado por la Academia de Medicina de Madrid.—(1)
10.^a

Discurso sobre la aplicación de la filosofía á los asuntos de religion para la juventud española: escrito por el doctor Andrés Piquer, médico de Cámara de S. M. 1757.

Un tomito en 4.^o de 167 páginas, precedido de su correspondiente prólogo, dedicó el autor para manifestar, «que debe haber en esto norma fija, la cual conduzca al entendimiento humano en estos estudios, de modo que por ella se llegue á conocer hasta qué punto hay licencia de filosofar sin perjuicio de la religion, y qué términos haya de prescribirse la razon humana, para aplicar con

acierto y con provecho á la religion las máximas de la filosofía.» (Prólogo.)

El autor se propone dos objetos con este discurso: el primero, desengañar á los que llevaron á mal, que probase con testimonios de los disidentes las cosas que atribuyen á la teología revelada, y el que filosofase tanto en asuntos de religion; el segundo, instruir á la juventud española en la manera de tratar los asuntos de religion, cuando se ofrezca mezclar la filosofía con ellos. En una carta que escribió á su amigo D. Gregorio Mayans, cuando estaba componiendo esta obra, le decia: «En otro escrito que tengo trabajando, trato de propósito de la naturaleza, en el sentido que de ella han hablado los Padres, y explico lo que acerca de esto puede tomarse de los gentiles, y muestro cómo ha de gobernarse el estudio de ella para ser útil á la religion. Moviome á componer este tratado el ver, cuán corto es entre nosotros el conocimiento de la verdadera física, y la facilidad con que muchos, por faltarles este conocimiento, dan en extremos viciosos, en que se apartan sobradamente de la verdad.»

El método que sigue el Dr. Piquer en su obra es: sentar primero las fuentes de las verdades fundamentales de la religion, escritura y tradicion, y que la Iglesia es la fiel intérprete de ellas, como columna y firmamento de la ver-

(1) Véase el número 892.

temer que, dando la preferencia á un sistema defectuoso, ofreciera su trabajo más inconvenientes que ventajas. Por eso *relativamente* puede considerarse como un bien la falta de sistema filosófico en un diccionario del lenguaje en general; el que le consulta sabe ya de antemano que no hay pretensiones de imponerle un modo de discurrir, y si se aprovecha de lo que halla escrito, es por su cuenta y riesgo, y sometiéndolo á su propio criterio. Mas no sucede ya así cuando se trata de enciclopedias ó de vocabularios científicos, donde circunscrito ya el terreno, se trata de fijar más decididamente, no solo la voz, sino el sentido que le conviene; y como un diccionario tecnológico de medicina corresponde precisamente á esta última categoría, se infiere de aquí que necesita algún color filosófico, metódico y uniforme, por más que se procure no hacerle demasiado subido ó recargado de pormenores innecesarios.

¿Qué vendría á ser un diccionario médico que no definiera siquiera la vida, la salud y la enfermedad, ó que se limitara al tratar de estas palabras á cometer continuas tautologías explicando la cosa por la cosa misma? ¿Cómo eximirse de decir algo al menos de las voces, causa, efecto, función, teoría, síntesis, análisis, unidad, virus, diátesis, predisposición, crisis y tantas otras, que, ó han de quedar flotando vagamente en el océano de la tecnología, ó para adquirir alguna forma, necesitan pedir sus primeros y más fundamentales rasgos á una buena filosofía? Convengamos en que un diccionario tecnológico metódico y bien ordenado necesitara al menos, que si sus autores eran muchos, se pusieran antes de acuerdo sobre la solución de las grandes cuestiones

de la fe evangélica. Luego se detiene en probar, que los Padres de los primeros siglos de la Iglesia no se valieron de sistema alguno filosófico para explicar los dogmas y la doctrina, ni menos los Concilios, ni los Papas; al contrario de los siglos posteriores, en los que adoptaron por lo común la filosofía ecléctica y la sujetaron á la religión. De aquí deduce, que ningún sistema filosófico es indispensablemente necesario para la inteligencia de la teología; pero si de grande utilidad, como se haga buen uso de ellos, al modo que muchos de los Padres griegos y latinos lo hicieron; y también porque las verdades tienen todas entre sí tal conexión y enlace, que unas sirven para fortalecer las otras. Por eso cree «que la filosofía ecléctica es la más acomodada á los asuntos de religión, así porque fué la que usaron los Padres, como porque no hay secta por designada que sea que no traiga algunas verdades, que entresacandolas, no se puedan aplicar muy bien á la teología. Pasa después á explicar el modo cómo se debe hacer esta aplicación, con qué leyes y qué circunstancias han de concurrir para hacerse arregladamente; y para mayor claridad de todo ello, concluye con un ejemplo, en el cual se enseña prácticamente la aplicación de las reglas que propone para acomodar debidamente la doctrina filosófica á los asuntos de religión.

generales que dominan las ciencias médicas, y que esta solución fuera á su vez la más amplia y comprensiva, la más aceptable y completa de todas las que se conocen. ¡Dificultad sobre dificultad, cuya absoluta y definitiva eliminación debe parecer inasequible! Pero si la perfección, en este como en todos los demás puntos, no puede ser nunca sino relativa y parcial, nada nos impide al menos reiterar nuestros esfuerzos para acercarnos cada vez más al punto apetecido; y hé aquí la tarea que quisiéramos encomendar á la madurez y recto juicio de la corporación ó sociedad autorizada, que emprenda entre nosotros la redacción de un diccionario tecnológico de ciencias médicas.

Creen algunos de poco momento la definición de las palabras, fundándose en que lo interesante son los hechos y las leyes que por su medio se establecen; pero no echan de ver que las palabras significan ideas, y en este sentido forman parte integrante del conocimiento y estudio de los hechos. Los hechos sin ideas son tan inertes y extraños á la construcción científica, como las palabras sin definición, y por eso conviene marchar equilibradamente por la línea de convergencia de estas dos direcciones, al parecer opuestas, pero que sino llegaran á encontrarse, se perderían en el vacío: la del raciocinio y la experiencia, de la especulación y la práctica; elevándose en la primera á las más altas generalidades, que por sí solas nada son en particular, pero que acompañan necesariamente á todo lo particular, como categorías ó conceptos universales, y descendiendo con la segunda á pormenores analíticos cada vez más complicados, á leyes inducti-

A este fin se vale de seis proposiciones concretas, y después de discutir las y defenderlas, deduce cuatro corolarios; terminando la obra por un escolio, en el que aduce como ejemplo práctico una cuestión iniciada en sus anteriores obras, física moderna y filosofía moral, pero que aquí resuelve con detenimiento y copia de razones, dedicando una buena parte á contestar los argumentos del Padre doctor Calatayud (desde la pág. 130 en adelante). Prueba la utilidad de la filosofía diciendo: «el que haya leído las obras de los filósofos en sus mismas fuentes, echará de ver fácilmente, que ninguno entre los gentiles acertó en todas las cosas, ni en ningún sistema deja de haber alguna sentencia verdadera» (pág. 29); y más abajo añade, que hallándose la verdad esparcida entre el engaño y la falsedad de los sistemas filosóficos, «es conveniente entresacarla cuidadosamente y buscarla en todos, sin atarse á ninguno y esto es hacer profesión de la filosofía ecléctica.» Confirma su opinión con la de varios santos Padres, en particular San Basilio; dice «que así de los poetas, como de los historiadores y filósofos, podían entresacarse algunas verdades útiles, poniendo, por ejemplo, el sufrimiento de Sócrates y el menosprecio que Diógenes hizo de las cosas humanas (pág. 36)»; pero imitando á San Gregorio Nacianceno «de manera, que con prudencia sepa coger lo útil

vas cada vez más seguras y fundadas en una observación más vasta é ilustrada.

Definir las palabras es una necesidad de toda ciencia en la parte que tenga de racional. Si la ciencia es racional pura, como las matemáticas y la lógica, toda ella estribará en axiomas y definiciones. Pero si es experimental, no se crea por eso que excluye absolutamente el carácter racional; ninguna ciencia puede ser irracional, y hasta el empirismo más grosero solo deja de ser racional *relativamente* á otro empirismo mejor concebido, ó á la ciencia racional pura; sería un contrasentido relegar alguna ciencia fuera de la razón y en el estadio puramente animal, vegetal ó mecánico. La medicina, pues, tiene como todas las ciencias su parte racional, en íntimo consorcio con la experiencia, pero susceptible de ser *abstraída*, y que debe serlo desde luego cuando se trata de definir las palabras más generales, que es como dar cuerpo ideal á conceptos que presiden y dirigen la formación de todas las ideas particulares. Por mucho tiempo se ha desconocido esta verdad, tachando de *metafisicos*, de vanos y sutiles, todos los esfuerzos hechos para fundar racionalmente las generalidades de la ciencia. Se quería que todo fuera experimental, empírico, inductivo, como si la experiencia, el empirismo y la inducción, fueran siquiera posibles sin la luz racional que los anima y vivifica, que es como pedir visión sin ojos ó audición sin oídos, ó concepción de cualquier género sin sugeto fecundado.

Tan ridículo como sería esperar de la idea pura que se convierta en cuerpo, lo sería también esperar de los hechos que se conviertan en ideas gene-

y evitar lo dañoso, al modo que las abejas, que buscando todas las flores, de cada una cogen lo que les aprovecha» (pág. 40). No por otra razón añade, «que sellama esta filosofía ecléctica de una palabra griega, que quiere decir *electiva*, porque en ella se eligen las verdades, que andan esparcidas en otras sectas, tomando solamente lo que se halla ser verdadero en cada una de ellas (pág. 95).»

Ocupándose de la filosofía de Platón manifiesta, que algunos santos Padres la prefirieron sobre las demás, «porque ningún sistema filosófico hallaron tan conforme á la doctrina cristiana como el platónico (pág. 62);» y aprovecha esta ocasión para alabar al grande Agustino, que habiendo creído que Platón en sus viajes había conocido al profeta Jeremías, se retractó de esta opinión «dando un ejemplo de modestia y humildad á todos los venideros (pág. 63).» Más adelante defiende á San Gregorio Magno de la nota que le infirió Juan Sarisberiense, que le acusa de haber mandado quemar la biblioteca, que los emperadores romanos fundaron junto al Capitolio, «para evitar que los cristianos se aplicasen á los estudios gentílicos (pág. 76)», desmintiendo ese hecho histórico, que le pudiera enagenar algún tanto el título de *Magno*, que posee con tanta justicia. Ultimamente, dedica el autor el final de su obra para resolver la duda, «si pueden los án-

rales ó abstractas. Y ¿dejarán nunca de ser abstractas y generales las palabras todas que usamos en el lenguaje científico? Algunas podrán definirse por medio de una palabra más general y una *frase descriptiva* que las distinga: tales serán por ejemplo, las que designen tal órgano, tal tejido, tal función, tal enfermedad; pero ¿cómo conocer la vida, la salud, la enfermedad, la función, el organismo en toda su generalidad; cómo distinguir estos conceptos, sino por medio de definiciones más ó menos claras y confusas, perfectas ó imperfectas, pero siempre abstractas, racionales, y sobrepuestas á todo procedimiento particular ó experimental? ¿Es que desconfiamos de llegar á explicarnos á nosotros mismos con bastante perspicuidad lo que concebimos al pensar esas nociones generalísimas, base y fundamento de toda noción particular de su género? Pues no por eso hemos de empeñarnos menos en llegar respecto de este punto á la mayor exactitud posible; pues caer en el desaliento y darlo todo por perdido, sería tan perjudicial como abandonar en la práctica los enfermos y las enfermedades difíciles de curar y aun de conocer. La dificultad no se evita desconociéndola ó despreciándola, y prescindir en medicina de las buenas definiciones entregándose al azar, á la corriente de los hechos, es emprender una serie de peligrosas aventuras, cayendo en la inconsecuencia de dar por buena la razón bajo el nombre de sentido común, para el comercio al por menor de los productos del entendimiento, y condenar sus esfuerzos más rigurosos y decididos para elevarse á mayor escala y eximirse del error.

Toda ciencia tiene sus *generalidades*, y las ge-

geles llevar por los aires en poquísimo tiempo á un hombre á lugares distantes, pongo por ejemplo, desde Madrid á Lisboa. Lo mismo que decimos sobre esta duda ha de transferirse á otras semejantes, en que se atribuyen á los ángeles cosas raras y estupendas, y se leen en algunos libros (pág. 116).» Con este motivo ridiculiza la creencia muy general en su época de las brujas y hechiceras entregadas á Satanás, que el P. Martín del Río tuvo empeño en defender, rebatiéndola con la autoridad de los escritores antiguos y con el de las personas más notables por su ciencia y santidad, y criticando al P. M. Feyjóo por sus opiniones emitidas sobre este particular en su *Teatro crítico* (tom. 4, Disc. 9, págs. 234 y siguientes).

Aunque esta obra filosófica del Dr. Piquer es de las más lógicas y acabadas que salieron de sus manos, y en la que ostenta su erudición, no solo profana, sino sagrada, tuvo bastantes impugnadores, nacionales y extranjeros, disgustados de que tratase los asuntos religiosos en esta forma. El primero de ellos fué el Padre Dr. D. Vicente Calatayud, que ya anteriormente había atacado la filosofía moral de nuestro autor, atreviéndose á calificarla de *filosofía gentilico-cristiana*, y que sin duda fué la causa de que Piquer escribiese este discurso, para vindicarse de sus injustas acusaciones. Su impugnación está en forma epis-

neralidades de una ciencia son principios que se aplican á todos los hechos particulares que comprenden. Pues bien, estos principios, como *aplicables á todos los hechos*, no pueden emanar de los hechos mismos; aparecen como dijo Kant con *ocasion* de cualquier hecho, porque son la *posibilidad misma de otros hechos*, establecida paralelamente con todo hecho particular. No son, pues, hechos, sino ideas, que naturalmente figuran en la razon, pero que conviene clasificar y distinguir para conocerlas mejor, como se clasifica, distingue y analiza el cuerpo humano para estudiar su estructura y sus funciones.

Hemos dicho que para tales definiciones debia apelarse á una buena filosofía, y con el fin de presentar unos cuantos ejemplos y abreviar en cierto modo el trabajo de los que quieran dedicarse en lo sucesivo á este género de investigaciones, dedicaremos otro ú otros artículos á la exposicion y examen de algunas definiciones importantes que se consignan en obras muy acreditadas, indicando las que en nuestro concepto pudieran sustituirse con más ventaja para el sucesivo perfeccionamiento de la parte racional ó filosófica de la medicina, tan abandonada desde hace próximamente dos siglos á un empirismo infecundo, como desatendido estuvo el estudio experimental en las ciencias prácticas, durante la larga y memorable época en que la *escolástica* abusó de la razon y de la teoría.

Tenemos el íntimo convencimiento de que en tiempo no lejano ha de llegar una reaccion que limite convenientemente los esfuerzos hechos de un modo esclusivo en el sentido experimental, y quisiéramos

que esta vez cayera á plomo la ciencia sobre el centro de moderacion que rige, más ó menos oculta ó manifestamente, todos los destinos humanos. Para contribuir á semejante fin, preludiaremos los bosquejos de definiciones que serán objeto de otros artículos.

N. S,

SECCION PRACTICA.

Aun mas sobre fiebres accesionales y su tratamiento.

POR D. SANTIAGO GARCÍA VAZQUEZ.

Las diferentes versiones dadas al resultado que en la guarnicion de esta plaza y enfermos de este hospital militar produjo el ensayo del remedio conocido con el nombre de polvos de la hortelana para la curacion de las fiebres accesionales endémicas en la localidad; y mi intento de colocar los hechos en su verdadero terreno, desvirtuando en lo posible la idea que á más de una persona he oido enunciar, de que aquellos produjeron efectos maravillosos, me mueven á publicar el informe que á su tiempo emití, suprimiendo los estados y esposicion de datos estadísticos, que como comprobantes se enviaron á la superioridad junto con aquel, y á los cuales en todo caso me remito; debiendo advertir que entre ellos figuraba el resumen histórico de cada uno de los asistidos.

Muéveme tambien á darle publicidad la persuasion de que bajo el concepto científico y profesional ha de ofrecer interés á la generalidad de los lectores de EL SIGLO, la esposicion de las consideraciones, no meramente especulativas, sino eminente y rigurosamente prácticas, que constituyen la esencia y forma de mi escrito.

Con fecha 16 de Julio de 1864, empezó á funcionar en este hospital la sala especial establecida para el tratamiento de las calenturas intermitentes por el remedio vulgarmente conocido con el nombre de polvos de la hortelana, ó de la tia Andrea. Se estableció para dar exacto cumplimiento á la orden de la subinspeccion del distrito,

demonios y la realidad de las traslaciones de las brujas á sus conventículos, repite y sostiene las objeciones de los Diaristas y las que anteriormente se habian dirigido, y añade una disertacion sobre la potencia locomotriz de los ángeles, que presenta como un apoyo á la fé. Deduce de todo esto, que Piquér no habia satisfecho convenientemente el intento de instruir á la juventud sobre estas materias, porque sus proposiciones eran enteramente contrarias, sus corolarios inconexos, sus reglas inútiles y sus ejemplos impertinentes. Pero debiera haberse concretado á una juiciosa impugnacion, sin empañar su escrito apologético con espresiones ofensivas y dicterios indecorosos que siempre son formas impropias de todo hombre ingenuo y amante de la verdad; y tal vez por eso no le contestara D. Andrés, y porque no habia cosa digna de respuesta. Por las mismas razones y por no malgastar un tiempo precioso, que necesitaba para componer otras obras sumamente útiles, no quiso Piquér seguir esta controversia y se abstuvo de replicar á ninguna; sin embargo lo hizo cumplidamente á todos en años posteriores su hijo D. Juan Crisóstomo en la vida de su padre, que publicó con varias obras póstumas (pág. 39 y siguientes).

(Se continuará.)

tolar, con el título: «Carta al Dr. D. Andrés Piquér, médico, sobre el discurso intitulado: «Aplicacion de la filosofía á los asuntos de religion para la juventud española, dada á 7 de Marzo de 1758.» A esta siguieron sucesivamente otras cuatro cartas, escritas al mismo Dr. Piquér desde el 3 de Diciembre de dicho año hasta 10 de Abril de 1759, todas publicadas en Valencia y en 4.º; y además otro folleto en igual forma y condiciones, que lleva por título: «Cartas sobre la aplicacion de la filosofía á los asuntos de religion,» fechadas en 19 de Julio y 24 de Agosto de 1758. Tambien se ocuparon de esta obrita, tratándola con dureza, los Diaristas de Lieja en el mismo año 1758 (*Journal Encyclopedique*, págs. 33 y 34) y los Diaristas de París en el año 1760 (*Journal Etranger*, Decem. págs. 121 y 122), que hicieron una crítica muy sensata y racional.

Pero el impugnador más violento lo fué un médico de los hospitales de Madrid, el Dr. D. Antonio María Herrero, que publicó en 1760 la siguiente obra en 4.º: «Exámen del Discurso del Dr. D. Andres Piquér, médico de cámara de S. M. sobre la aplicacion de la filosofía á los asuntos de religion; en varias cartas donde se trata del poder natural de los buenos y malos ángeles para mover los cuerpos.» El autor examina la idea de la aplicacion de la filosofía á los asuntos de religion, el poder natural de los ángeles y

en que se invitaba á los profesores del hospital para que usasen de este remedio en los casos en que prudencialmente y sin riesgo presumible de los pacientes, creyeran podría adoptarse su aplicacion; encargando á esta jefatura se llevara una estadística rigurosa y se produjera con esquisito cuidado en la propinacion de este medicamento. Se escogió una sala baja, capaz para doce camas, y con el frente descubierto á un patio situado en el lado E. S. E. del edificio, que se creyó de los más á propósito para el buen resultado del ensayo y mejor planteamiento del sistema aconsejado por el autor del remedio. El personal designado fué escogido entre los mejores funcionarios subalternos que á la sazón servían en el establecimiento, y suficiente para llenar el objeto propuesto, que no era otro que emplear en casos dados una medicacion no admitida en el formulario oficial, y que por lo tanto, solo podia usarse en proporciones restringidas. El sistema aconsejado por el autor, segun impreso que adjunto acompaña á cada uno de los paquetes, es el que á continuacion se consigna, copiado literalmente de aquel impreso.

«Método de tomar los polvos.»—Estos se dividen en 27 papelillos, repartidos en dos paquetes, uno de 9 y otro de 18; el de 9 se toma en tres dias, un por la mañana al tiempo del desayuno, otro en la comida y el tercero en la hora de la cena, advirtiéndose que se tomará un papelillo muy bien desleído en una poca de agua antes del desayuno, observando el mismo método con todos los demás, y prohibiéndose absolutamente el uso del vino, aguardiente, vinagre y toda clase de ácidos: lo demás de todo puede comer. Si en el intermedio volviere la calentura, no hay que desconfiar, antes sí continuar con los 18 papelillos restantes, siguiendo el mismo método hasta concluir los 27 en 9 dias, encargando que aun que le parezca se siente bueno, no por eso abandonará la cura hasta concluir todos los papelillos, y no exponerse á que la calentura le acometa otra vez. Sin embargo de las precauciones adoptadas para la admision en la sala, de los enfermos que habian de someterse á la medicacion ensayada, no siempre fué posible la prosecucion de esta hasta el completo término del mal en la forma precisa que su autor aconseja, segun se acredita por lo que consta en las observaciones del estado circunstanciado que adjunto al informe se acompañó; y se comprueba por las manifestaciones de los profesores médicos encargados de la asistencia facultativa de aquellos, que originales tambien se acompañaron, en razon de complicaciones que sobrevinieron y hacian comprometida la continuacion de un tratamiento á la sazón contraindicado por los fenómenos morbosos de actualidad.

No consta al que suscribe que se haya practicado antes de ahora ensayo alguno del medicamento en cuestion en hospitales ó cuerpos, ni que se use como práctica general en pueblo alguno de España; debiendo manifestar por lo que concierne á la suya particular, que habiendo tenido á su cargo en este hospital militar la asistencia de los enfermos de medicina desde el año 56 al 59 sin interrupcion, y en diferentes épocas del año 61 á la fecha, y habiendo recurrido para satisfacer las exigencias de la enfermedad y ver si podia vencer la insistencia ó rebeldia de la misma en determinados casos, á gran parte de los remedios aconsejados, y entre estos á una composicion que se le dijo ser la misma de los polvos en cuestion, ni de esta ni de los demás obtuvo resultados que pudieran considerarse ventajosos, ni reputarse nunca como superiores á los alcanzados por la beneficiosa accion de las sales de quinina, principalmente el sulfato, última palabra hasta hoy de la medicina para el tratamiento y curacion de las fiebres y afecciones palúdicas. Mas aun dispensándosele, como es notorio, gran favor por los vecinos de esta ciudad, y habiendo tenido ocasion de asistir innumerable enfermos de calenturas intermitentes de todas clases, no han llegado á seis los enfermos particulares que espontáneamente y por sí mismos le hayan indicado ó reclamado apelase al remedio que motiva este escrito; habiendo acontecido por el contrario, que propinado alguna vez por el que firma, los enfermos ó sus interesados le han manifestado repugnancia á usar un menjugo que requiere para su ingestion en el estómago una gran fuerza de voluntad por parte del paciente, y la mayor tolerancia de las vias digestivas. De cualquier modo, en los casos en que lo ha empleado el informante no ha notado en él, por desgracia, el maravilloso efecto y prodigiosa influencia que algunos le conceden, y que á ser así, y habida

consideracion á la gran antigüedad que ya cuenta este remedio y á la aureola de maravilla y misterio que como secreto le rodea debiera ser el único y esclusivo usado por las gentes, no solo en la ciudad de Badajoz, sino en todos los pueblos, que como este tienen la fatalidad de ser tan castigados por la calamidad aquí endémica.

Los estados y resumen señalados con el núm. 1.º marcaban en globo el resultado del ensayo practicado en este hospital con el intento que se ha mencionado y exigía el contenido de la pregunta señalada con el núm. 7. Generalmente se ha notado repugnancia en los enfermos á tomar este medicamento; lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que lo representa un polvo tosco y groseramente preparado, cuyo peso en la fórmula toda es de ocho onzas menos dos dracmas, y el de cada una de sus dosis de más de dos dracmas. A pesar de la vaguedad con que el autor de la fórmula habla del sistema higiénico que debe seguirse mientras se toma el remedio, no puede creerse que aquel haya de ser el ordinario ó habitual, y mucho menos tan amplio como parece indicar la frase *lo demás de todo puede comer*; proposicion absurda é inadmisibile para cualquiera persona de mediano criterio pues claro y obvio es, aun para el mas lego en medicina, que las calenturas intermitentes no siempre son tan sencillas ni tan leves que permitan á la persona afectada de ellas el ejercicio de los actos ó funciones propias del estado de salud, y que no se resienten más ó menos los sistemas generales de la economía y más principalmente el aparato digestivo. Por lo tanto, dicho se está, que á pesar de haberse elegido los enfermos y preferido únicamente los de mejores condiciones y que mas se prestaban al empleo del remedio en la forma recomendada por su autor, ha sido forzoso suspenderlo por seis dias en uno de ellos, y definitivamente en otros dos, que fueron tratados con la medicina racional y adaptada á los síntomas é indicaciones apreciadas, saliendo tan felizmente librados, que no obstante de su estremada gravedad, no han necesitado usar de convalecencia, ni de licencia temporal fuera de la localidad, sin que haya sobrevenido recaída más que en uno de ellos, y esta precisamente á mitad del mes actual, esto es, ocho meses despues de la primera invasion.

Reconocida la imposibilidad de administrar indiferentemente á cualquier enfermo de fiebres intermitentes el específico en cuestion, y deseando por un lado evitar desgracias ó ocasiones de fracaso, y por otro, asimilar en lo posible el régimen de los pacientes al prevenido por el autor, se escogian para ser admitidos en la sala especial los afectados de intermitentes simples, y sin señales de la menor complicacion; prefiriéndose siempre los que las padecian por primera vez ó no las habian tenido antes rebeldes ó pertinaces, para comprobar mejor, y sin temor de accidentes desgraciados, la accion del remedio. no solo en sus efectos inmediatos de curacion, sino en los ulteriores de preservacion y de influencia en la economía y en la salud general de los sujetos medicados.

Segun informe del oficial farmacéutico encargado de la botica de este hospital, á quien me pareció conveniente consultar, resulta que hecha la competente distribucion del gasto ocasionado por el coste y consumo de los medicamentos, que pudiéramos considerar como de uso esclusivo para las calenturas, y el motivado por el especial que nos ocupa, sale á cinco reales 89 céntimos cada enfermo tratado con la medicacion general, y á 21 reales cada uno de los otros, irrogándose con ello al Erario un gravamen de 15 reales y 11 céntimos por cada calenturiento tratado con los polvos. Cumple á la exactitud y verdad que debe presidir á todo juicio comparativo el manifestar, que si se tiene en cuenta, que raro es el enfermo de nuestro hospital, cualquiera haya sido la dolencia que motivara su entrada en él, que no haya usado en el curso de ella la medicacion que nosotros llamamos antitípica; resultará que el coste de esta, circunscrito en el cálculo que nos ha servido de base á 773 enfermos, habria de estenderse á muchísimos, rebajando el gasto de cada uno en proporcion á la mayor extension con que ha sido propinada, y ofreciéndonos en consecuencia una proporcion considerablemente más ventajosa que la que se ha enunciado. No me consta haya escrito alguno en pró ni en contra de la medicacion que juzgamos, á no ser lo que se lee en el suplemento á La Botica (repertorio general de farmacia práctica) para 1864.

Como resulta del cuadro y relacion que antes he

estado, de 36 enfermos sometidos en la sala especial al tratamiento indicado, 21 han sido los que han recaído por primera vez en las fechas que se señalan, nueve por segunda y dos por tercera, habiendo sido cinco los que han usado de licencia temporal, y 16 los que pasaron á convalecer á Olivenza. Si bien no es posible, con datos precisos é irrecusables, marcar la diferencia en pró ó en contra de un sistema ú otro con respecto á las recaídas, puede casi asegurarse, sin temor de errar, que no es muy beneficiosa la del nuevo sistema, el cual no ha alcanzado á evitarlas sino en poco más de una tercera parte de los enfermos tratados con él; y cuenta que, como se ha dicho, para emplearlo se habían escogido los que mejores condiciones presentaban para el buen resultado y más probabilidades ofrecían de mejor y más completa curación.

(Se concluirá.)

PRENSA MÉDICA EXTRANJERA.

De la rabia.

El Sr. Bouley se ha ocupado de la rabia en una conferencia pública, sentando algunas proposiciones que deben conocer los médicos, á quienes corresponde prevenir la propagación de esta terrible enfermedad. Hé aquí el resumen de esta conferencia.

La rabia del perro no se caracteriza por accesos de furor en los primeros días de su manifestación; al contrario, es una enfermedad de apariencia benigna al principio; pero desde entonces la baba es virulenta, es decir, que contiene el germen inoculable, y el perro es entonces más peligroso por las caricias con su lengua, que por su mordedura, porque todavía no tiene tendencia á atacar.

Al principio de la rabia el perro cambia de humor, se pone triste, sombrío, taciturno, busca la soledad y se esconde en los rincones más oscuros; pero no puede estar mucho tiempo quieto; está intranquilo y agitado, va y viene; se acuesta, se levanta, busca, huele, araña, sus movimientos, sus posturas y gestos parecen indicar que ve fantasmas, muerde al aire, se lanza y gruñe como si atacara á verdaderos enemigos. Su mirada expresa tristeza sombría y como furia.

En este estado no es aun agresivo para el hombre; continúa dócil y sumiso á su dueño, á cuya voz obedece, dando indicios de alegría que animan un momento su fisonomía y su expresión habitual.

En lugar de tendencias agresivas, son afables en el primer período de la rabia; el sentimiento afectuoso con su dueño y personas de la casa, se exagera en el perro rabioso y le expresa con movimientos repetidos de su lengua, con la que acaricia las manos y la cara. Este sentimiento, muy desarrollado y muy tenaz en el perro, le domina bastante para que en muchos casos respete á su dueño, aun en el paroxismo de la rabia.

El perro rabioso no tiene horror al agua, al contrario, tiene avidez por ella. En tanto que puede beber, satisface su sed siempre ardiente, y cuando el espasmo de la garganta le impide deglutir, introduce todo el hocico en el agua, y muerde, por decirlo así, el líquido que no puede tragar. El perro rabioso no es, pues, hidrófobo; la hidrofobia no es un signo de la rabia.

El perro rabioso no rehúsa el alimento en el primer período de su enfermedad, muchas veces come con más voracidad que de costumbre.

Cuando empieza á manifestarse la necesidad de morder, que es un síntoma constante de la rabia en cierto período, la satisface primero en cuerpos inertes; roe las puertas y los muebles, desgarras las ropas, tritura la paja y la lana; come la tierra y acumula en el estómago restos de toda clase de cuerpos.

La abundancia de la baba no es un signo constante de la rabia; el hocico está seco ó húmedo; antes del período de acceso la secreción de la saliva es normal; se exagera durante este período, y se agota al fin de la enfermedad.

El perro rabioso expresa muchas veces la sensación dolorosa que le produce el espasmo de las fauces, haciendo con sus patas anteriores en las mejillas los mismos gestos que cuando se ha detenido un hueso en su garganta.

En algunos casos vomitan sangre, que proviene, según todas las probabilidades, de la herida de su estómago, por los cuerpos acerados que ha deglutido.

La voz del perro cambia siempre de timbre, y siempre ladra de un modo diferente que lo que acostumbra, es ronca, velada, y se transforma en un ahullido.

La sensibilidad está muy disminuida; cuando se le pega, quema ó hiere, no dá los gritos con que expresan los animales sus dolores ó aun el simple temor. Hay casos en que el perro se hace á sí mismo heridas profundas con sus dientes, sin tratar de hacer daño á las personas que conoce.

El perro rabioso se impresiona violentamente é irrita en viendo otro animal de su especie; en cuanto le ve ó le oye, se manifiesta el furor rábico si estaba latente, ó se exalta si ya estaba declarado, y se lanza sobre él para morderle. La misma impresión produce el perro ante otros animales rabiosos; el perro es un reactivo que descubre la rabia en un animal que la oculta.

El perro rabioso huye de la casa en el momento en que se desarrollan los instintos feroces y empiezan á dominarle, y después de dos á tres días de peregrinación y de haber satisfecho su furia con todo sér que ha encontrado, vuelve á morir en casa de su amo.

Cuando la rabia ha llegado al período furioso; se caracteriza por la expresión de ferocidad del animal, y por las ganas de morder siempre que puede, con preferencia á sus semejantes.

Los accesos rábicos dejan intervalos en que el animal fatigado cae en un estado relativo de calma, que puede engañar acerca de la naturaleza de la enfermedad.

Los perros sanos parecen dotados de la facultad de adivinar el estado rábico de un animal de su especie, y en lugar de luchar contra él, huyen.

El perro rabioso ataca al principio con mucha energía á todos los seres que encuentra, con preferencia á los perros, y en último término al hombre. Después, cuando está cansado por sus furias y luchas, anda con paso vacilante, cola caída, cabeza hacia el suelo, lengua azulada y pulverulenta. En este estado no tiene grandes tendencias agresivas; pero muerde á todos los hombres y animales que se oponen á su paso.

El perro rabioso sucumbe á la parálisis y á la asfixia; hasta el último momento domina el instinto de morder y hay que temerle aun cuando la postración parezca haberle transformado en cuerpo inerte.

El medio más seguro de prevenir los efectos de las inoculaciones rábicas es la cauterización inmediata por el hierro candente, y á falta de este, por los agentes caústicos. Si no puede hacerse inmediatamente la cauterización, debe comprimirse la herida, para hacer salir la sangre, comprimir fuertemente los bordes, aplicar si es posible una ligadura circular para suspender el curso de la sangre.

Después de usados estos medios, puede recurrirse con ventaja á los diferentes tratamientos preconizados contra las mordeduras rabiosas.

De la oftalmía de los ejércitos, por el Sr. HAIRION de la Universidad de Luvaina.

- 1.^a Esta oftalmía reconoce por causa única un principio contagioso específico.
- 2.^a No existe nunca epidémicamente, afecta el carácter de endemia.
- 3.^a El modo principal de propagación, si no el único, es el contagio por miasma.
- 4.^a Tiene por carácter el desarrollo en el estroma de la conjuntiva, de granulaciones vesiculosas de naturaleza neoplásica y característica, que no presentan ningún fenómeno subjetivo, y se desarrollan sin que el enfermo tenga conciencia de su estado.
- 5.^a Las granulaciones empiezan por la porción retró-társiana de la conjuntiva palpebral, para ocupar las demás partes de la conjuntiva oculo palpebral y la córnea. Preceden á la inflamación de la conjuntiva y provienen de un trabajo lento é insidioso.
- 6.^a Es esencialmente crónica y solo por incidencia afecta el curso agudo.
- 7.^a Disminuye de intensidad durante el invierno para aumentar con los calores del verano.
- 8.^a Es muy pertinaz, no cede al tratamiento usual de la oftalmía, y exige el uso de medios particulares.
- 9.^a Tiene en un grado muy exagerado la propiedad de reproducirse después de un tiempo algunas veces bastante



largo, sin nueva intervencion de la causa productora, en los individuos que han sufrido un primer ataque.

10.^a Su curso es irregular, de larga duracion, alternando con momentos de exacerbacion.

14.^a Deja casi siempre señales profundas é indelebles en la conjuntiva.

De la influencia del sistema nervioso central en la produccion del calor en el organismo, por NAUNYN y H. QUINCKE.

Desde los trabajos de Claudio Bernard sobre los efectos de la seccion del simpático cervical, se ha estudiado mucho la influencia del sistema nervioso central sobre la reparticion de la sangre en las diversas partes del cuerpo, influencia que se ejerce por el intermedio de los nervios vaso-motores y obra indirectamente sobre la temperatura de estas partes.

Por el contrario, ha preocupado poco la influencia directa que el sistema nervioso central puede tener en la produccion del calor. Los únicos trabajos en este sentido son quizá los de Ludwig y Spiess; han visto en efecto que excitando la cuerda del tímpano, la saliva que salia por el conducto de la glándula submaxilar tenia una temperatura más elevada (de un grado á uno y medio) que la de la sangre de la arteria carótida del mismo lado, y han demostrado así la influencia inmediata de la inervacion en la produccion del calor.

Por lo demás, hace ya mucho tiempo que la clinica habia observado un aumento de temperatura en ciertos casos de lesiones de los centros nerviosos. Así Brodie, en 1837 tuvo que tratar un hombre con una contusion en la parte inferior de la médula cervical, parálisis correspondiente de los músculos de las extremidades inferiores y superiores, y de los músculos del tronco, á escepcion del diafragma; y observó en él una temperatura de 111° Fahrenheit. Billroth, Simon, Frerichs, han observado hechos semejantes. En todos el aumento de temperatura era demasiado rápido, para poder atribuirse á la inflamacion reactiva de la médula.

Sin embargo, los resultados obtenidos en los experimentos fisiológicos están en contradiccion con los datos patológicos. En efecto, Bernard, Schiff, Chossat, Brodie Bezold, y muy recientemente Tscheschickin, han observado en la mayor parte de los casos de seccion total de la médula, una disminucion más ó menos rápida de la temperatura.

Nannyn y Quincke han buscado la causa y la explicacion de esta contradiccion. En sus investigaciones, hechas casi todas en perros de bastante alzada, se han convencido de que la seccion de la médula va seguida de un aumento de la temperatura general del cuerpo; este aumento es tanto más pronunciado cuanto más alta es la porcion de la médula herida, y segun ambos autores, se puede atribuir, sin temor de engañarse, á una exageracion de la produccion de calor en el organismo. Pero hay que tomar algunas precauciones para comprobar este aumento de temperatura.

En efecto, la seccion de la médula tiene un doble resultado; por una parte, queda abolida la inervacion vaso-motriz, en las partes paralizadas, lo que produce la dilatacion de los vasos superficiales y una pérdida de calor por radiacion; por otra parte aumenta directamente la produccion del calor en el organismo.

Estos dos efectos obran en sentido opuesto; el primero para hacer descender, y el segundo para elevar la temperatura del cuerpo, y segun que predomine uno ú otro, podrá variar la resultante. Si como lo hacian los observadores precedentes, se opera en animales pequeños que presentan relativamente á la masa de su cuerpo una superficie cutánea muy extensa, la pérdida del calor es considerable y no puede ser compensada por el aumento de la produccion del calor debido á la seccion de la médula; entonces la temperatura del cuerpo descende. Si por el contrario, como lo han hecho los dos citados autores, se toman grandes animales de superficie cutánea poco extensa relativamente á la masa del cuerpo, ó si se evita por diferentes medios la pérdida del calor, se vé constantemente aumentar la temperatura del cuerpo despues de la seccion de la médula.

PARTE OFICIAL.

DECRETO.

En virtud de las razones expuestas por el Ministro de Fomento,

Vengo en decretar lo siguiente;

Artículo 1.º Se deroga el art. 13 del reglamento provisional para el ingreso en el Profesorado público de 15 de Enero de 1870.

Art. 2.º Cuando los Tribunales de oposiciones á cátedras crean que las Memorias ó programas de los opositores que ocupen primer lugar en las ternas merecen la publicacion, atendido su mérito, lo propondrán al Ministro de Fomento, el cual podrá concederla á costa del Estado, despues de pedir informe á la Academia que corresponda.

Art. 3.º Los opositores podrán publicar por su cuenta, antes ó despues de la oposicion, las Memorias ó programas que hayan presentado.

Dado en Palacio á veintiocho de Enero de mil ochocientos setenta y uno.—Amadeo.—El Ministro de Fomento.—Manuel Ruiz Zorrilla.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID,

DISCURSO

SOBRE EL CRITERIO CLÍNICO,

por el Sr. García Caballero.

En la imposibilidad de insertar íntegro este discurso en nuestras columnas por su mucha extension, daremos cabida á algunos de sus párrafos, que sirvan para dar idea del conjunto.

El exordio inspirado principalmente por la modestia del Sr. Caballero termina así:

«Empresa atrevida es la que acometo, porque entiendo que en el revuelto mar de las opiniones médicas diferentes, de los sistemas exclusivos, de los opuestos pareceres, de las investigaciones sin término, no hay un faro bastante luminoso para apartar á los navegantes de los vagios y de las corrientes encontradas, librando la nave de la verdad médica, que en ellos zozobra, de un funesto choque ó de que se sumerja entre las ondas que sin cesar la amenazan, y en ella la pobre humanidad que gime víctima de esa tempestuosa borrasca, que solo pueden conjurar una reflexiva calma, un valor esforzado y sereno, una perspicaz vista para no perder el norte salvador de la observacion, el raciocinio y la experiencia ilustrada, que es la razon médica, oscurecida hoy entre el brumoso torbellino de tanto invento, descubrimiento flamante, teoria nueva, pareceres diversos, agentes, planes, medicamentos y peregrinidades sublimes, que se contraponen, se reemplazan, van, vienen, se hermanan, luchan, perfeccionan y desaparecen, para dejarnos á menudo un amargo desencanto, la pérdida de una ilusion y un funesto legado de dudas congojosas, que constituyen el más desdichado escepticismo; cruel estado de la ciencia cualquiera que sea su aplicacion, porque durante su negro y desolador imperio nacen las más monstruosas aberraciones, y las creaciones más absurdas reciben vida y calor. ¿Ni cómo, si así no sucediera, aparecieran viables en el mundo científico, unas veces las utopias más brillantes, otras los más groseros errores, cuándo las más risibles consejas, ya fantásticas elucubraciones vestidas de un seductor ropaje filosófico, que ofuscan el ánimo y no permiten descubrir el claro horizonte de la verdad?... Vayamos en su busca con ánimo resuelto de encontrarla, y de seguro que una jui-

ciosa observacion nos hará comprender, si con espíritu despreocupado lo hacemos, lo que conocemos, reconociendo lo que sepamos y limitándonos á lo que verdaderamente nos sea conocido. Esperimentemos y guardemos la experiencia docta; ratiocinemos sin excluir ningun objeto que quepa en la comprension filosófica, no condenemos los sistemas; pero no seamos sistemáticos, porque el organicismo nos enseñará las leyes de los fenómenos materiales, el espiritualismo sus conceptos sintéticos, el empirismo nos dará consejos prudentes, el vitalismo orgánico una gran síntesis que eleva á mayor comprension y el eclecticismo advertencias sábias, que pudiéndolas realizar con talento, dominarán su objeto sin apartarse de él, y así, ilustrando nuestra razon y eliminando el absurdo exclusivismo, estableceremos el criterio racional sobre la extensa superficie de la más amplia comprension, sin olvidar jamás la limitacion natural de nuestros conocimientos.»

Con el epigrafe *Molius est sistere gradum, quam progredi tenebras*, destina luego el autor una parte de su discurso á poner en paralelo lo que se ignora y lo que se sabe en medicina.

«Páreceme, dice, que nos extralimitamos en nuestras investigaciones; creo que hacemos imperar al análisis en perjuicio de la síntesis, que esto nos aparta del buen camino, llevándonos al error, y que es necesario fijarnos bien en los hitos de la verdad para progresar con firmeza, y entiendo que vamos muy de prisa y no vemos, por ofuscados, los peligros que se nos presentan al fin de los senderos que recorremos desalados, dejando atrás el camino de lo cierto, que aunque espinoso, lleva á las mansiones serenas del bien.

«Sintiera se dedujese de aquí que vengo con el intento de ser contado entre los *laudatores temporis acti*, de que estoy distante. No, que respetabilísimas y muy altas dotes realzan al tiempo presente; preciosas conquistas en todos los ramos del saber le dan una importancia tan distinguida, que fuera incurrir en notoria injusticia, sino en desvario, pretender solo rebajarle su nivel en la ciencia; grandes son sus descubrimientos, milagroso su poderío y admirable su valor; con razon acaso pudiera vanagloriarse el siglo xix de corresponder á aquella mision divina encomendada á nuestros mayores *subjicite terram*.

«¿Cómo desconocer el asombroso adelanto de las ciencias exactas y naturales, las económicas, las políticas, las filosóficas y fisiológicas; de la navegacion, las artes, la industria, el comercio; del bienestar general y el particular progreso de las ciencias médicas, que han conseguido borrar del catálogo de las enfermedades muchas que dominaban á la humanidad, curar un portentoso número de ellas, salvar infinitos individuos de los que antes resignados sufrían la muerte en tiempos no remotos, dulcificar los sufrimientos, alejar los peligros, evitar las dolencias, sanear comarcas extensas, velar por la salud de los ejércitos de mar y tierra, atajar las pestes y contagios, alargar la vida ó su duracion probable y hacerla más grata, disminuir el pauperismo, asesorar á la justicia con la razon científica más clara, ilustrar á la administracion, ayudar á la moral, extinguir la corrupcion física, contribuir, en fin, á la humana felicidad, pues dan todo el bien posible en la salud del cuerpo y en muchas ocasiones la paz del espíritu, que es la suprema dicha?...

Mas á pesar de todo esto, que confieso y conozco, hallo un vacío tan inmenso en nuestros conocimientos, es tan poco sólido nuestro saber fundamental, que una forma crítica lo anula; parece que no se apoya en la indestructible verdad, que es la eterna creacion que se opone á las

creaciones del tiempo; parece una verdad transitoria creada para el día, la que debiera ser cimiento perenne de las verdades alcanzadas para servir siempre. Y es la razon (si equivocado no estoy) que algo le falta ó le sobra, que no es todo verdad, que hay amalgama monstruosa con el error, de cuyo consorcio resulta una aparente verdad, brillante y lucida, pero sin el brio ni la extension de la luz pura: ostentamente fuerte, pero sin la dureza del puro metal con que confundirse debe la verdad adamantina que perpetúe la historia. ¡Ah! que abroquelados nosotros tras esa endeble defensa contra el tiro del error, sus dardos nos hieren sin piedad y no hay forma de librarnos de ellos, sino fundiendo todo el metal de esas semi-verdades para obtener el riel puro que con seguridad por su fortaleza nos guardezca. Podria decirse, en vista de esto, que ó poseemos la verdad á medias, ó que si en totalidad la teníamos, nos abrumaba bajo su peso por nuestra debilidad para sostenerla, y ¿quién sabe? acaso nuestros ojos no toleran la luz por falta de energía para soportar la influencia viva de sus rayos. Pero de todas suertes resultara una desproporcion, un desequilibrio y una necesidad imperiosa de conocer nuestra limitacion ante la grandiosidad del objeto, lo imperfecto de lo que conocemos como objeto, la realidad esencialmente objetiva, su finalidad, los medios con que se exhibe y los modos de alcanzar la perfeccion filosófica, para obtener esa certeza, esa verdad en medio de la necesaria imperfeccion que nos constituye y que tan alto proclama el principio de aprender siempre, de progresar incesantemente; porque siempre habrá que saber de lo mucho que ignoremos forzosamente, y que no alcanzaremos de la rapidez con que nos empeñamos en marchar por donde tanto hay que observar bien, sino con el *festina lente*, que es lo que conduce á la sabiduría.»

Otra parte con el epigrafe *Quid prodest clavis aurea, si cum volumus apperire non possumus*, se emplea en examinar los métodos filosóficos, insistiendo en que el más racional consiste en reconocer esa limitacion de nuestros conocimientos que damos por averiguada. Hé aquí los términos en que se expresa.

«Por do quiera que sobre el ancho campo de la naturaleza tendamos la mirada escudriñadora, y nos lleven nuestras ansias de saber acerca de un arcano, cualquiera, en fin, que sea el objeto que analicemos y pretendamos conocer, y tan luego como estemos posesion de *un algo positivo*; todo, de una manera segura y grandilocuente nos hablará de un *más allá*, de un otro saber más positivo, de una mejor realidad, que viniendo á confundir nuestra vanidad, nos ponga de manifiesto y en perfecto relieve la limitacion de nuestros conocimientos y la esfera de imperfeccion en que vivimos. Mas esa imperfeccion y limitacion no excluyen de modo alguno, ni la certeza, ni la ciencia verdadera que de muchas cosas tendremos, que no las conoceremos sustancialmente, pero que no será poco saber si conocemos algunos de sus atributos y las leyes que las rigen. Esto, ni es duda, ni es incertidumbre, ni es error; porque no duda el que cree aunque no esté en lo cierto, ni yerra el que conoce, porque el conocimiento excluye el error; por eso interesa conocer mucho, pero debemos detenernos ante lo que no conozcamos, para no exponernos á lamentables equivocaciones frecuentes en los límites de nuestros conocimientos: no empezando por dudar ó negar incurriendo en un funesto pirronismo, ó en las aberraciones de Hume ó Berkeley, sino tomando como punto de partida los hechos que conozcamos, para proceder en busca de mayor ó mejor conocimiento.

»Seguros de que existe la certeza en principio, y que poseemos este principio como el de que existimos, pensamos, sentimos, y como nosotros otros seres con sus cualidades ó atributos, y conocemos el espacio que ocupan y el tiempo en que suceden los fenómenos; así ya principiaremos sabiendo, como lo que es obvio, lo evidente ó instintivo; y este primer saber es la base de la ciencia, fundamento físico de la sabiduría. Comenzará la duda cuando con seguridad no sepamos, y este saber dudar, será base de sólida y filosófica duda, que no se refiere por cierto á lo que sabemos, sino á lo que ignoramos. Esta duda sirve de condicion para acrecentar saber, como la fé con que admitimos algo sin comprobacion no siempre posible, y en este sentido quisiera dirigir las tendencias de mi discurso, á fijar lo que sabemos, y fijar la duda en lo que creo no sabemos bien y lo damos por demostrado y evidente, haciéndolo servir de fundamento á deducciones que pueden ser falsas.

»Entiendo como medios especiales para salir de dudas, la *observacion* que mira los hechos, y la *experiencia* que los atesora, la *razon* que los comprende y explica, y el *genio* que los clasifica y generaliza y hasta los adivina; naciendo de aquí la *inducccion* que reúne los que son de igual índole; favoreciendo no poco la analogía en esta operacion para formar el cuerpo de doctrina, y la *deducccion* que de éste saca los principios de la ciencia.

»Formemos idea perfecta de nuestra limitacion; conozcamos todo lo que podemos conocer, y es seguro que allí donde lleguemos como término, se nos descubrirá otro horizonte, mediando un espacio donde ejercer nuestra investigacion. Pero guardémonos de proclamar como conocido lo que ocupa ese campo de laboreo, hasta que un criterio fundado en la observacion, en la experiencia y la razon ilustrada por el método de una induccion filosófica sencilla, de una crítica racional y una analogía armónica, nos haga deducir con juicio lo más cierto, y no más, porque lo absolutamente cierto no lo hallaremos jamás en este mundo.

»Fórmanse hipótesis para explicar el movimiento de la naturaleza; bien, ¿pero está conseguido todo?... Con alcanzar algo, ¿podemos estar seguros de que se halló la verdadera causa y que no hay otra; de que no se ha pensado ya lo mismo y de que otros adelantamientos no han demostrado la falsedad ó insuficiencia de nuestra hipótesis? ¿Pues no vemos que hasta el sol que juzgado habíamos con todos los siglos en el centro del universo para moverle y regirle, ya hay quien piensa que no es mas que un satélite de otro planeta mayor, un cuerpo subalterno de otra esfera?... ¿Estaremos firmes en suponer á la atraccion y gravitacion universal como la causa primera de todos los fenómenos astronómicos, y que las teorías de Copérnico, Galileo y Newton, no sean pura ilusion, consideradas como punto de partida para comprender el mecanismo del cielo, y en tal caso la fórmula inversa de la verdadera teoría? ¿Y qué diremos de las afinidades químicas, no más conocidas que la atraccion, afinidad que parece resultado de un actividad absurda de la materia, pues sin embargo de tan plausible hipótesis sabemos que el calórico y la electricidad tratan de sustituirla en muchos casos?... ¿Y qué acontece con los fenómenos vitales donde es mayor la dificultad? Estúdiense las causas y las leyes de la biología ó la embriogenia... ¿se sabe por esto las que rigen á la variedad de los gérmenes, las diferencias de sexo, de clase, especie y variedad, tribus ó familias en cualquier reino de la naturaleza? ¿Satisface la teoría de la

preexistencia de los gérmenes ó la de la epigenesis?... ¿Y qué es esto más que confesar que esto es porque sucede, ó sea, explicar el hecho por el hecho mismo?

»Esto es en cuanto á lo que no satisface; ¿y qué diremos de lo que es erróneo, como cuando se supone que la vida no es más que un resultado de la accion orgánica, y esta el de la organizacion? ¿Cómo si no fueran simultáneos, sino sucesivos, estos hechos, y fueran independientes unos de otros los que son coexistentes, justificando el aforismo de Cournot, *omne vivum ex vivo*!

»Pues aun es más funesto el error cuando se ven confundir las sensaciones con la razon, ó se hace depender esta de la materia, de una funcion cerebral, ni más ni menos que si se tratase de la secrecion de una glándula, si no lo vemos ya explicar por la electricidad ó el magnetismo. Mas nó, la inteligencia y la sensacion, aunque unidas, son diferentes. Si engreídos con el conocimiento incompleto de la organizacion y más imperfecto del alma, incurrimos en el error de creer que el cerebro es el órgano productor de la inteligencia... ¿no sería fácil que alguno dijera lo contrario, afirmando que el alma, es la que piensa y el cerebro es solo un órgano imperfecto, un órgano *del yo* ó del alma, que recibe de él como órgano interno de los sentidos lo que los externos le facilitan?...

»En suma, no vacilemos en creer que son imperfectos nuestros conocimientos en todo, y aunque deban ser progresivos, conviene que tengan cierta limitacion para el estudio y la mejor comprension...»

La parte tercera se halla consagrada al estudio de los sistemas filosóficos y médicos, y su lema es *importa mucho acaudalar ciencia, pero no importa menos conocer sus límites*.

Empieza por el bosquejo de los sistemas, diciendo:

»Los médicos llegaron al campo de la observacion al propio tiempo que los filósofos, que despues de haber hecho dar á la ciencia el paso del mitologismo al naturismo, la tienen al parecer dividida con sus dos definidas tendencias de *sensualismo* y *espiritualismo*. Thales comienza materialista, y le continua espiritualista Pitágoras; Platon y Aristóteles hacen la filosofía, de natural que era, humana, que en puridad no es más que, en otra forma, el mismo pensamiento; y aunque la idea científica viaja por Grecia, Alejandria, Roma, Córdoba, París, Montpellier, solo se descubren el sensualismo ó espiritualismo de Aristóteles ó Platon; á pesar de los esfuerzos y progresos de Bacon y de Descartes: lamentable rivalidad que tanto ha hecho para impedir el general y verdadero adelantamiento, á pesar de que cada uno en su campo ha reunido tanto bueno, que insensiblemente ha dado origen al *eclectismo*, que desde su origen emprendió la noble y fructífera mision de unir esas ideas opuestas y utilizarse de los positivos adelantos de las dos, cuidándose poco de los escépticos y de los místicos, pues ambos por su exageracion, representan bien poco en el sensualismo donde van á perderse los primeros, ó en el espiritualismo en que se confunden los segundos.

»Con la medicina casi acontece lo propio; sale del *misticismo* y del *mitologismo* para llegar á manos de Hipócrates, que guiado por el gran principio filosófico de Sócrates, aunque toma de Pitágoras la teoría de los cuatro elementos y de las crisis, proclama el *autocratismo de la naturaleza* en la curacion de las enfermedades, y á la *observacion* y la *experiencia docta* por las meditaciones y el raciocinio, como el sólido fundamento del criterio.

»Establecida la ciencia y formada su doctrina, aparece en Alejandria con el nombre de *dogmatismo*: aquí Ascle-

piades la desnaturaliza y confecciona á su manera, basándose en los conceptos de Demócrito y Epicuro. Nace el *empirismo* con las doctrinas de Zenon, y Claudio Galeno establece la suya con los principios aristotélicos y la ciencia hipocrática; y de tal suerte cautiva la atención, que en Roma dura largo tiempo. Los compiladores lo traen á España, donde los árabes lo difunden por el mediodía de Europa, hasta que fundido por la sabiduría griega, después de la toma de Constantinopla, volvió á presentarse el alma de Hipócrates en los estudios médicos. Pero ¡oh inestabilidad de las cosas humanas! termina la edad media, viene la decadencia, y al lado del *hipocratismo racional filosófico*, se presentan la *cábala* y la *alquimia*, para dejar espedita la entrada á la *iatroquímica* y la *iatromecánica*, al *solidismo* y al *dinamismo vital*, que es *espiritualista* con Stahl, Lordat, Barthez, y *materialista* con Hoffmann, Haller, Pinel, Broussais: para aparecer luego en Bichat y Hunter, que son vitalistas de los humores; en Andral y Gavarret, que son humoristas, y para concluir con Trousseau y Pidoux, que aceptan el *eclectismo*, y con Renouard, que se declare *empírico racional*.

«¡Lamentable confusión, que trae en desorden inteligencias gigantescas, cuando á ser posible su amalgama, lucieran días serenos para la ciencia y la humanidad! Empero, obsérvense felices disposiciones para una transacción con la escuela que podría llamarse ecléctica, en la que militan médicos españoles de gran fundamento, y que en Montpellier es enseña gloriosa. Masaun por desgracia luchan los representantes de las dos ideas cardinales, *vitalismo* y *materialismo*, expresión viva del *espiritualismo* y del *sensualismo filosófico*. Platon ó Aristóteles, siempre impidiendo una restauración médico-filosófica de grandiosos resultados para el porvenir, toda vez que habría de fundarse con los datos filosóficos de la una y de la otra escuela; concurrendo al consorcio los principios filosóficos del siglo XVIII, inspirados por el célebre Canciller de Inglaterra, con las conquistas de la física, la química, las ciencias naturales y antropológicas, y de otra parte, la filosofía inclusiva, la de la razón que admite lo positivo real y útil, y desecha lo infructuoso ó estéril; la que no rechaza los sistemas, pero que no hace sistemáticos; la que se funda en la observación y la experiencia, pero guiadas por el raciocinio; la que sencilla y natural, no se deja llevar del análisis hasta el desvarío de no ser posible la síntesis; la que conoce su limitación, y mejor por tanto los límites de lo que conoce; la que, en fin, establece su criterio en la razón ilustrada con los hechos conocidos.

«Desde el siglo XVI, en que tuvieron origen la era anatómica, á la que es preciso confesar debemos mucho en anatomía, fisiología, patología médica y quirúrgica, terapéutica y anatomía patológica y que tanto ilustra las nebulosidades del diagnóstico, haciendo esclamar á Morgagni *plus quam vita loquax mors tacitura docet*, y las otras que se distinguieron con sus preciosos descubrimientos, con sus auxiliares ingeniosos estetoscopio, microscopio, inyecciones de vasos, preparaciones anatómicas singulares, laringoscopio, speculums diversos, análisis química, etc.; se han venido complementando los estudios de esas ciencias, hasta el punto de poderse presentar hoy formuladas las verdaderas leyes que las rigen en su evolución perfecta. Pero por desventura, además de otras doctrinas médicas, han aparecido dos escuelas rivales, que hallan sus adeptos, la organicista en París, que se hace representar con brillo innegable por Bouillaud, Rostan, Piorry; y la vitalista, que es acogida en España, en las Universidades de Granada, Sevilla, Valencia y por doctísimos médi-

cos de nuestro país los Sres. Fabra y Soldevilla, Severo Lopez, Luzuriaga, Gutierrez, Hoyos Limón, Varela, Morejón, como discípulos de los Vives, Lobera de Avila, Valls, Mercado, Piquér, Heredia; y en Francia por la famosa escuela de Montpellier, que se gloria en aparecer con el timbre de continuadora del naturismo hipocrático: triste y manifiesta rivalidad, que retrasa en gran modo la «anhelada reforma, cimentada sobre aquellas leyes que, siendo la demostración del legítimo progreso, son á la vez la significación de la tradición respetable; de la autoridad de la ciencia y del respeto á la verdad inmutable,» cuya asienta no mudan el oleaje de los sistemas, ni las tormentas del error.

Acerca de la vida, dice:

«¡Vida! Gran función del organismo en la que se ve un principio ó fuerza distinta de la que rige la materia inerte, en que todo es pasividad, en contraposición á la actividad que imprime la vida, y aunque una en esencia, aparece con manifestaciones cardinales que se llaman propiedades vitales. La fuerza material se halla subordinada á la vital, y asociada á ella hasta el punto que se la observa modificada y aun anulada; resultando de aquí, que existen en el hombre un organismo con dos fuerzas: la vital, propiedad suya, y la material, limitada, y un principio inteligente y moral, alma. A estas fuerzas y este principio llamado vital, corresponden leyes distintas; las materiales, modificadas, las vitales, las psíquicas. Vida, armonía, unidad, que se observa en todo ser viviente, que le aparta de los seres inanimados, por la que reconocemos que *nace* de gérmenes vivos, *hace su evolución*, *tiene sus edades* con atributos diversos, *asimila y elimina* y *se reproduce* en tiempo determinado.

«No conocemos ni conoceremos, no, la esencia de la vida; pero la concordancia entre la observación, la experimentación y el experimento, tan lógicamente unidos para probar la diferencia entre lo que vive y lo inanimado, nos dan, ayudados de la inducción y la analogía, perfecta experiencia, la verdad completa de lo que por manifestaciones exteriores conocemos.

«Este criterio para averiguar la existencia de la vida, distinto del que pudo servirnos para estudiar la organización muerta no nos servirá para comprender jamás la esencia de ella, ni tampoco la causa de la inteligencia humana. Un conocimiento de un orden tan eminente no puede adquirirse por aquella vía, ni con los medios de investigación materiales y sensibles; porque si con ellos no podemos darnos razón de la fuerza que mantiene unidos los elementos anatómicos hasta que por la muerte pasan al dominio de la inercia, en la que imperan autocráticamente las leyes físico-químicas... ¿qué alcanzaríamos en el examen de la inteligencia, *soplo divino* que constituye un principio, que solo en sí y por sí puede ser conocido? Y si hay tanta distancia entre lo inanimado y lo que tiene vida, ¿qué mundo no mediará entre esta y la razón?

«Pues bien, no pudiéndose conocer de un modo absoluto la esencia de la vida, de ahí el admitir, no por absolutamente cierto, sino científicamente necesario para el conocimiento, un principio evidente en su expresión fenomenal exterior, «principio vital, fuerzas vitales, una entidad unida á la organización á quien se puede considerar como el motor de la vitalidad,» una fuerza que manifiesta la razón de ese *quid absconditum* de la vida, cuya causa esencial desde lo más profundo de los tiempos históricos permanece, y sin duda alguna continuará,

desconocida; mas por eso no será menos evidente físicamente, ni dejará de ostentarse en toda la plenitud de sus facultades para la conservación del cuerpo, y el cumplimiento de todos los actos de la vida, á pesar muchas veces del veto interpuesto por las leyes físico-químicas, á las que contraría ó anula: principio misterioso que no es el de la inteligencia, aunque parece que él es por sí inteligente, cuando se le observa en lucha concertada con los agentes de destrucción del equilibrio orgánico.

»Desconocida la esencia de las cosas, no seamos temerarios queriendo rebasar los límites de la prudencia: no intentemos conocer la esencia de la causa química ni física, *ni quimiatras, ni iatromecánicos, sino médicos*: veamos los efectos fisiológicos de los medicamentos, y despues, utilicémonos de los que pueden ser terapéuticos; y decimos pueden ser, porque sabido es que no son constantes ni pueden serlo, ni uniformes en todas las condiciones de la vitalidad, que está por encima de las indicaciones físico-químicas más formales y terminantes. No son fijos, no, los efectos, como se observa en un gabinete con un reactivo determinado: son en el estadio de la vitalidad inconstantes y distintos en muy gran manera, de tal modo, que en esto se funda el conocimiento de las inmunidades orgánico-vitales á determinados agentes; la ley de la capacidad medicamentosa, desenvuelta en razon directa de la necesidad, y la de las repugnancias ó intolerancia instintiva, segun se observa en la accion inocente del calomelanos en algunos sugetos, la del ópio durante las convulsiones tetánicas y el cólera morbo, y la de la coluquintida que en dosis pequeñísimas produce en algunos hasta el delirio.

»Y no se nota aquí algo diferente de lo que sucede con los efectos físicos y químicos, donde todo es fijeza y constancia, de la que se parte para llegar á veces hasta el fatalismo en ciertas aplicaciones médicas? Sí: todo lo mudable y superior de las leyes vitales y de las condiciones especiales de la individualidad ó de la personalidad, es lo que importa saber, y en lo posible conocer para establecer una acertada terapéutica.

»Y no se crea que al expresarnos así nos mueve un espíritu de hostilidad, ni al organicismo, que es el que parece estar enfrente, ni al quimismo, ni á ninguna de esas ciencias, ni á los sistemas filosófico-médicos que las patrocinan; ni por esto las reverenciamos menos, no; es que tocamos de cerca los inconvenientes de juzgar exclusivamente con los datos y elementos que nos suministran; los del sistemático empeño de imponer la análisis, y el abuso de hacer preponderante su razon en el juicio, que para ser exacto, debe apoyarse, no solo en un medio de investigacion de la verdad, sino en los otros datos de no menos valía que admite la ciencia y exige la razon.

»Seamos prudentes siempre, no dejemos de acoger todo lo que el racional progreso adquiera para el incremento de la ciencia; pero marchemos con cautela al planteamiento de las teorías. Intentemos fundir en una las aspiraciones de los exclusivistas, y habremos restaurado la buena doctrina del inmortal héroe de Larissa, concluyendo con el escepticismo, rémora de todo progreso social y científico; con el materialismo grosero que lleva al fatalismo y al error de sentido, y aun con el ontologismo de unas y otras escuelas, que conduce á la negacion de la ciencia, profesando sin saberlo un nihilismo desconsolador. Seamos eclécticos si así se quiere; pero seámoslo en el buen sentido: proclamemos los fueros de la razon ilustrada con los conocimientos bien adquiridos en la ciencia, y habremos, en nuestra modesta condicion, hecho más

por el arte de curar que todos los sistemáticos juntos, ó por lo menos, no habremos incurrido en sus funestos errores é irremediables extravíos».

En la parte 4.^a procura el autor de desarrollar un sistema de inclusivismo filosófico y su lema es: *la verdad tiene por enemigos á los que creen mucho y á los que nada creen*.

Comienza de este modo:

«El exclusivismo de secta ó doctrina le hallo en medicina tan pernicioso, que yo no sé cómo condenarle con bastante fuerza.

»Y ciertamente, señores, ¿qué son si no extralimitaciones la empeñada predicacion de los cultivadores de determinados ramos científicos y conocimientos, muy útiles en cuanto tienen de particulares, pero muy perjudiciales en cuanto á su pretendida generalizacion, intentando imponer su criterio para todas las cuestiones médicas, llevando la perturbacion á las creencias, y ofreciendo soluciones que no pueden cumplir, dejando en conclusion un rastro de desengaño (y es su mejor término), ó un conjunto de nociones incompletas y viciosas, de ideas mutiladas é imperfectas, efigie verdadera de una Babel científica? Ese análisis tan necesaria para el conocimiento, base angular de toda razon científica, ¿no la vemos llevada al exceso por sus adeptos inconsiderados, exponerse aquí á tomar por válido lo inútil, por progreso el atraso, por nuevo una momia carcomida, y por hallazgo de la verdad la invencion peregrina del error; confundir allí seres que deben poblar regiones científicas afines, pero no idénticas en la ciencia, á tomar los que están en el campo de la conciencia por los que viven en el del conocimiento, que no son por cierto análogos, casi siempre escediéndose de los límites que separan lo que se sabe de lo que se ignora ó se duda, y abusando de las deduciones por analogía, por el ánsia de sentar verdades absolutas, allí donde acaso no caben más que presunciones más ó menos fundadas, haciendo á veces de la investigacion un arma, para fundar con ella todo un sistema ó doctrina que solo encierra lo incierto, cuando con mayor prevision pudiera haber llegado á mayor certeza?

Expone luego las extralimitaciones de la análisis microscópica, y pasando á las del análisis química:

«¿Quién, dice, que sea amante del progreso investigando la razon de un fenómeno, deja de extasiarse al contemplar las adquisiciones de los reactivos químicos en las oscuridades del misterio de la fisiología patológica que constituye las nosohemias? ¿Qué se sabria de cierto sin esas análisis, de la diabetes, de la albuminuria ó enfermedad de Bright, de la glucosuria y de otras alteraciones humorales? Hoy mismo, ¿no deslinda la química por los datos que la suministra el papel de tornasol en el estudio de la saliva de los sifilíticos, el carácter de la dolencia y su especificidad virulenta? ¿Desconócese que á estas laboriosas investigaciones se debe tal vez el mejor tratamiento de la litiasis y la gota, á la que se opone neutralizante seguro, como lo son los ferruginosos en las anemias é hidrohemias y los ácidos en el escorbuto? ¿Puede dudarse de la importancia principal de la oxigenacion del aire en ciertas asfixias, y en la asfixia lenta que sufren los niños en las ciudades populosas, en que un mal aire sostiene ó permite la acumulacion de elementos hipercarbonados, que solo puede quemar y consumir el aire purísimo y vivificador de las montañas cubiertas de esa vegetacion fragante y aromática de los paises meridionales? ¿Qué fuera de los envenenados sin el antídoto salvador con que la química

les brinda en esos apurados y solemnes trances en que la al ponzoña lleva la muerte á una organizacion dotada de preciosos elementos de vida? Y en menor grado de alarma, pero en mayor número de ejemplos, ¿no es la terapéutica química la que corrige abusos químicos que imprudente ó inconscientemente se producen á veces en determinadas enfermedades? ¿No vemos todos los dias en nuestras clínicas modificarse los errores de una medicacion indiscreta, salvando los peligros de la saturacion mercurial con los astringentes y sulfurosos, el gluten, la albúmina, la leche; de la iódica con los azoados y las féculas: de los antimoniales con el ópio y los astringentes; de los arsenicales con el óxido férrico gelatinizado, los sacarolados, la magnesia y los alcalinos?

»Si en terapéutica hidrológica se desconocen los elementos mineralizadores de las aguas, ¿qué provecho legítimo se puede esperar en las variadas y complicadísimas dolencias crónicas que forman la principal dotacion de los establecimientos balnearios donde por nuestro consejo ha de buscarse remedio? ¿Y puede no conocerse el rico tesoro que la química ha suministrado á la higiene y á la terapéutica en los cuerpos y productos que ofrece todos los dias para bien y salud de los pacientes, depurando, comprobando, haciendo ó inventando agentes medicinales preciosos, como la quinina, quinta esencia de la salvadora quina, y otros alcaloides tambien de gran significacion, como la morfina ó la digitalina, ó enseñándonos las propiedades de las sales de mercurio, hierro, iodo, plomo, bromo y tantos otros? ¿Y qué no debe la farmacia al análisis? Le debe tanto como todas las ciencias médicas reunidas.

»Cuanto precede respecto del análisis es justo; pero este análisis conducido á la exageracion sistemática, ¿anula por ventura la actividad y espontaneidad vital, evidente y primordial á toda otra alteracion física ó química?... ¿Y nos deja despues de todo, conocer realmente el cuerpo, ó cuando menos sus más culminantes cualidades? ¿Y no lleva á veces á admitir dos ó más cuerpos de cualidades diferentes y aún opuestas, neutralizadas sin saber cómo dentro de una misma sustancia, resultando de aquí dudas y confusiones graves y aun trastornos?

»En fuerza de querer descomponer y analizar, ¿no se vé resultar el aniquilamiento y descomposicion del cuerpo tan prolijamente examinado? Y en estas circunstancias si hemos tratado de utilizarnos del cuerpo, ¿qué encontramos? quizás la nada, ó un algo en que no está lo que buscamos.

»Sin dejar de pensar en la quina, que nos ha servido de ejemplo, y de la que se obtiene la quinina, ¿no se ha visto que este alcaloide se purifica á espensas de la virtud febrífuga, pues hay ocasiones en que nos vemos forzados á usar en masa la sustancia quina con todas las impurezas de sus leños, sus sales, sus ácidos, que al hallarse providencialmente reunidos, ejercen una accion febrífuga y antipútrida más decidida? Y en otros padecimientos, como por ejemplo el cólera, ¿tenemos la misma confianza en las sales de ópio que en el ópio mismo?

»El análisis, la disgregacion molecular atómica, aquí otra vez aparece como elemento de perturbacion para el mejor saber médico, si pretende hacer creer que todas las cualidades medicamentosas de un cuerpo residen en sus alcaloides, y que impunemente se puede prescindir del agente íntegro. En otro orden de pruebas, ¿por ventura están alimentados de igual modo los que se proveen de pan despojado del gluten? ¿O nutre igualmente un pan, si se quiere grosero, pero con todos sus elementos naturales,

que aquel con que se regalan los que prefieren uno delicado, en que está despojada la harina de una porcion de elementos tenidos por impuros ó no necesarios, y que sin embargo participan de la propiedad nutritiva y contribuyen á formar el pan verdadero, mientras el otro es su refinada, aunque inconveniente, perfeccion?

»No pensemos ya en los perjuicios de un análisis sistemática, física ó química; pensemos en los de una exagerada análisis filosófica, y con seguridad nos veremos trasportados á las alturas de una metafísica, ó de un ontologismo funesto para la verdad práctica, que sacándonos del estadio de la razon, muy cerca si no del todo nos colocará en los dominios de la quimera, para no hacer nada á derechas y en conformidad á la naturaleza.»

En la parte quinta se continúa el asunto de la anterior, aplicándola especialmente á la medicina con el lema: *Scientia docet: prudentia ducit.*

»Prudencia y tino esquisito, dice, se necesitan para no dejarse llevar de las seductoras conquistas del análisis; pero reflexionando en los peligros del extravío á que conduce la exageracion sistemática, no es imposible, ni muy difícil siquiera, quedar en el bueno y recto camino, para llegar al campo de la verdad.

»Sepa la ciencia cuanto deba; acreciente el caudal de sus conocimientos; acumule problemas sobre problemas, y resuélvalos en conformidad á la verdad física y racional rompa todos los misterios, y penetre en lo más recóndito de las cosas; llegue con sus indagaciones á lo sublime de la creacion humana; estudie las leyes de la evolucion biológica; conozca en sus delicados detalles la prodigiosa organizacion del hombre; dénele el microscopio y los reactivos desatados si pueden, el nudo de la trama viviente; inquiera diligente el enlace y orden admirable de lo material y lo inmaterial, de lo que siente y lo que piensa; atesore cuanta riqueza pueda de nociones sobre la actividad y la espontaneidad y el movimiento de la vida, ó la vida en sí misma; arranque si puede, que no podrá, ese arcano á aquella Causa, que hace de la materia apta para vivir, y de las fuerzas que animan esa materia, el sér vivo en sus variadas condiciones funcionales, fisiológicas y patológicas; sepa, si le es dado, en fin, como vive el hombre, cómo enferma, cómo á la salud torna, y cómo vence las causas destructoras, asesorándose de la etiología, la fisiología, la higiene y la patología, la terapéutica y la anatomía patológica; nada haya vedado á su incansable pesquisa, in *sole et luna* conságrese á la adquisicion de conocimientos... y así el hombre de ciencia sea lo que debe ser. Pero el médico que en la ciencia practica se inspira, debe conocer, que si eso necesariamente ha de saber, tiene además que saber mejor, que hay *algo más* que no debe ignorar, que es lo que *no puede ni podrá saber*: y si tiene cuenta con lo que ignora, sabrá en esta limitacion, que posea el conocimiento de una ignorancia, sábia en cierto modo, que le hará parar en firme y condensar su fuerza en el saber que posea, y es bien cierto que este será más sólido, y no se escapará por la válvula del ansia de saber sin limitacion, que es adonde conduce el sistema del saber, tan en oposicion con el buen saber por sistema.

»Penetrado de estas verdades, no buscará aventurero fútiles esplicaciones de las cosas, sino que aceptara las cosas mismas como son.»

Continua y termina esta parte con aplicaciones relativas á la patogenia, á la nosografía y á la terapéutica, analizando entre otras la teoría de las crisis.

SANIDAD MILITAR.

Disponiendo que pase al hospital de Valencia el médico del de Pamplona D. Juan Samsó.

Idem al de Madrid al médico del de Santoña don Juan de la Mata.

Idem que se encargue de la asistencia facultativa de los Jefes y Oficiales del cuarto militar de S. M. el Rey, el ayudante médico D. Francisco López Salazar.

Concediendo empleo de Inspector de Sanidad Militar al subinspector D. José Parallé en recompensa de sus servicios en Cuba.

MONTE-PIO FACULTATIVO.

SECRETARIA GENERAL.

Anuncios de pension.

D. Mariano Campa y Porta, solicita la subrogacion de la pension por fallecimiento de su madre Doña María Porto y Olive, que venia disfrutándola, como viuda del socio D. Clemente Campa.

Madrid 16 de Enero de 1871.—El secretario general, *Esteban Sanchez de Ocaña*. (3)

D. José Casadevall y Onís profesor de medicina, residente en Lladó, Gerona, solicita la pension de jubilacion por haberse imposibilitado para el ejercicio de su profesion.

Lo que se publica para conocimiento de la sociedad y á fin de que si algun interesado tiene que manifestar alguna circunstancia que convenga tener presente, lo manifieste reservadamente y por escrito á esta secretaria general, calle de Sevilla, núm. 14 cuarto principal.

Madrid 24 de Enero de 1871.—El secretario general, *Esteban Sanchez Ocaña*, (2)

VARIEDADES.

LA GUERRA EN LOS TIEMPOS MODERNOS.

Cada época tiene en las sociedades su fisonomía especial, como cada individuo; y es curioso observar de cuándo ne cuándo estas fisonomías, viéndolas sucederse al través de los tiempos como as vistas de un panorama: gobiernos, ciencia, religion, costumbres, instituciones, todo toma en estas series su forma especial, que lo distingue sobre un fondo comun.

Pero veamos solo como se diferencia de sí misma la humanidad, en una de sus más formidables fases, la de la guerra.

La guerra entre salvajes es la caza humana y la antropofagia; ningun animal escede en perversidad al hombre natural perverso: él solo, ó poco menos, es capaz de dar caza y comer á su semejante.

En un grado mayor de civilizacion, en las guerras homéricas, se aprecia poco la vida del hombre, se mata casi á sangre fria, se ultraja los cadáveres, y los prisioneros son esclavos.

Andando el tiempo, el cristianismo suaviza las costumbres; van progresando cada día los medios de destruccion; pero tambien se empieza á cuidar á los heridos, respetando á los del enemigo.

Viene por fin la época moderna, la cual, distinguiéndose por un rapido progreso, cada día nos presenta una nueva invencion esterminadora. Apenas tienen tiempo las naciones para armarse en los puertos, en los mares, en las fortalezas y en los ejércitos de tierra; lo que se hace en un año hay que destruirlo al siguiente, para ponerse á la altura

de los nuevos descubrimientos; no tiene límites el perfeccionamiento de los medios de destruccion. Pero véase tambien cuánta y cuán afanosa solicitud en cuidar á los enfermos! qué de hospitales-palacios! qué de socorros acumulados bajo todas las formas imaginables! En un momento dado la carniceria es espantosa; se pulveriza sin piedad las masas de hombres: un instante despues, se abraza hasta con cariño y efusion al destrozado enemigo, y nada se omite para conservar esa vida, que antes se le queria arrancar á toda costa. ¡Cuánta contradiccion! cuánta locura!

Hoy el enemigo ha dejado de ser verdadero enemigo; es un amigo estraviado á quien se corrige con dureza. Entre salvajes se hacia la guerra para vivir, en los tiempos heróicos para esclavizar, en la edad media para adquirir riquezas y propagar la fé, hoy... para tener el gusto de cuidar y gobernar al contrario reconciliado.

Quitad de en medio ciertas teorías que solo interesan á un orgullo mal entendido; eliminad el número de los que se dejan matar á tanto por día y de los que van al matadero á nombre de la ley, pero con ofensa de la moral, y no hallareis en las guerras modernas una razon de ser que las absuelva, ya que no las justifique.

Así es, que á su lado se levanta solemne esa protesta de la *caridad*, cada vez más desenvuelta en las ambulancias y en los hospitales. Y esto parece natural y digno, porque en rigor, se respeta hoy al hombre en cuanto hombre, se prohíbe y aun castiga el atropello de la propiedad individual, y solo se quiere la destruccion de la masa, el vencimiento de la *colectividad*.

Es decir, que primero se hacia la guerra para comer, luego para robar, y hoy solo para cambiar las fronteras de los Estados. ¿Pero quién se halla interesado en tales cambios? Unos pocos representantes *inamovibles* de los Estados mismos, que todavia dan en el empeño de estender indefinidamente la esfera de su accion, como si esto interesara el orden del mundo, que se figuran vinculado en su persona.

La sociedad entretanto sufre sus desmanes, y aun se deja seducir con frases pomposas, limitándose á atenuar con su solicitud los males que considera irremediables.

Procedamos pues de este modo, ya que no sea fácil, ni acaso posible, proceder de otro, por ahora. Entre tanto es peremos que los pueblos vengán á caer en la cuenta de que, así como las *asociaciones internacionales* son eficaces para amenguar los estragos de la guerra, lo serian tambien y con más motivo, si quisieran, para evitarlos por un acuerdo radical.

Si todos los pueblos son hermanos ¿por qué se han de hacer la guerra? ¿Por cuestion de fronteras? ¡Miserable cuestion! Desaparezca pues el motivo borrándose de una vez todas las fronteras artificiales y con pretensiones de *inamovibles*. Así como no se apedrean ni se matan ya los habitantes de aldeas limítrofes y aun de barrios distantes de un mismo pueblo, porque la civilizacion los ha fundido y reconciliado; un grado más del mismo espíritu civilizador, del que dan claras muestras las instituciones de caridad en medio de los ejércitos beligerantes, concluya esa obra salvadora cerrando por largo tiempo la série de estas diversas fases de la guerra.

¿Volveria la guerra, anulada bajo sus formas internacionales á presentarse de otro modo? Es posible y aun fácil; pero haciendo el bien *que podemos*, no debemos mirar al mal inevitable, con el que siempre tendrá que resignarse la humanidad.

N.

INTRODUCCION DE LA VACUNA EN BUENOS-AIRES.

Todo el mundo conoce la expedición de Balmis, costeada con real munificencia para llevar la vacuna á nuestras colonias de América poco antes de la época en que había aquel país de declararse prematuramente mayor de edad, rompiendo ingrato con su madre patria; pero en Buenos-Aires y Montevideo parece que se recibió de otro modo este precioso beneficio, según se desprende de los siguientes datos, tomados del *Ensayo Histórico del Dean Funes* (t. II. pag. 324), que publican varios periódicos de la capital de aquella república. Dicen así:

«Por dicha de la humanidad, la Providencia, que siempre vela sobre la conservación de la mejor de sus obras cuando por una ciega demencia no hacían más que pasar de carnicería en carnicería, dispuso repoblar al mundo entero, no por el medio transitorio y falaz de la paz que dan los gabinetes, si no por un feliz descubrimiento, que lleva la primacía a todos los conocidos. Visto es que hablo de la célebre invención de la vacuna. Deseoso el rey de España de introducir en América este preservativo tan benéfico, desde 1803 había mandado preparar una expedición marítima bajo la dirección de su médico de cámara D. Francisco Javier Balmis, llevando número competente de niños para que de brazo á brazo fuese más seguro su éxito. La expedición debía girar por las islas de Barlovento, Nueva España, Tierra Firme, y vireinato del Perú. Aquí debían formarse dos divisiones, de las que la una tendría por destino el reino de Chile, y la otra este vireinato hasta llegar á la capital de Buenos-Aires. Este círculo tan vasto había retardado la esperanza de ver concluidas esas épocas tan dolorosas en que la viruela ejercía sus espantosas desolaciones. Felizmente un accidente acortó el plazo en que por disposiciones de la corte lo aguardábamos.

«Debióse este suceso al arribo que hizo á Montevideo en 1805 D. Antonio Machado, dueño de la fragata portuguesa *la Rosa del Rio*, quien introdujo allí el virus vacuno y abrió la puerta á la actividad de Sobremonte para que lo propagase sin dilación. Debióse á sus cuidados que este fluido pasase á Buenos-Aires en una negra vacunada. Refiere el célebre barón de Humboldt, que al arribo de las fragatas de Balmis corrían á las riberas los obispos, los gobernadores y las personas más distinguidas, quienes, tomando en sus brazos los niños que debían llevar la vacuna á los indígenas de América, seguidos de aclamaciones públicas colocaban al pie de los altares estos depósitos preciosos de un preservativo bien hecho, y daban gracias al Ser Supremo de haber sido testigos de un acontecimiento tan feliz. Aunque no con tanta efusión del corazón, se dieron pruebas en Buenos-Aires del gran precio en que se evaluaba el beneficio. Creyendo que era muy debido rescatar de la esclavitud la negra que rescataba de la muerte tantas generaciones se le compró su libertad, al mismo tiempo que recibía Machado las señales del reconocimiento más ingenuo.

«No bastaba que la vacuna se hubiese introducido entre nosotros: era preciso domiciliarla por medio de un cuidado el más asiduo. Si el primer efecto de un corazón religioso y animado, es la compasión de la humanidad, solo á esta causa puede atribuirse el género y el grado de asistencia del Dr. D. Saturnino Segurola. Una caridad política nunca puede dar tan buenos frutos. Apenas la vacuna entró en Buenos-Aires, cuando parece que se dilató el corazón liberal y desinteresado de este eclesiástico. Su esquisito desvelo le hizo encontrar un sistema general de conducta que fijase el ejercicio periódico de la vacunación, el método de administrarla con buen éxito, los medios de remover los peligros á que estaba espuesta su perpetuidad, y en fin, el alivio de disrutarla gratuitamente, no solo en Buenos-Aires y su jurisdicción, si no también en las demás ciudades del reino. A él solo estaba reservada la gloria de esta árdua empresa. Acaso para que fuese más entera, tuvo también que sufrir todos los embates de la ignorancia y de las pequeñas pasiones. Imbuidas muchas gentes en el error de que el fluido vacuno, aunque preservaba de la viruela, acarreaba males más terribles, unos le negaban sus hijos con frívolos pretextos, otros le cerraban sus puertas, y no faltaba quien, dejando vacunar á su familia, creyese haberle dispensado un gran favor. La resistencia de este género de empresas infunde languidez en todos los puntos

de la carrera, cuando se emprenden por principios de un orden inferior. Los del Dr. Segurola pertenecen al género sublime. El supo al fin ganarse partido con sus luces, con sus halagos, con sus dádivas, y disipar las incertidumbres, las flaquezas y vacilaciones.»

CRONICA.

Estado sanitario de Madrid — Así como Enero principió y terminó con frios, heladas, nieves, y lluvias, concluyendo de la misma manera, en los días que llevamos de Febrero observáanse los mismos fenómenos meteorológicos, si bien aquellos no son tan intensos, pues el termómetro no ha descendido del grado de la congelación. Los vientos, aunque del primer cuadrante, alguna vez saltaron al Sur y al Sud-Este coincidiendo con el descenso en la columna barométrica, lo que hace presumir no escasearán las lluvias.

Siguen observándose las mismas enfermedades de que dimos cuenta en nuestro estado sanitario anterior, estando á la orden del día toda clase de efectos catarrales y reumáticos: no faltan las afecciones nerviosas, las fleumasias de las membranas serosas y mucosas, y las de los parenquimas de ciertos órganos, particularmente los de las vías respiratorias. Las dolencias crónicas se aumentaron grandemente por la dureza del temporal, siendo no pocos los enfermos que á ellas sucumbieron. Ultimamente, han disminuido muy notablemente las enfermedades eruptivas, con especialidad las viruelas, siendo benignas las pocas que se presentan.

Necrologia. — Ha muerto en Diciembre último el médico italiano José Ferlini, que habiendo residido mucho tiempo en Egipto, se había hecho notar por el buen éxito de sus largas y laboriosas investigaciones arqueológicas, aportando á su patria multitud de objetos interesantes que figuran en sus museos.

Oposiciones. — Terminados los ejercicios de oposición á las plazas de segundos ayudantes médicos del cuerpo de Sanidad militar, el tribunal ha hecho las clasificaciones por el orden siguiente:

D. Luciano Clemente y Guerra, D. Manuel Gomez Florio, D. Antonio Mendez Bellido, D. Enrique Cifré y Zambrano, D. Eduardo Menendez Tejo, D. Pedro Martin Garcia, D. Agustin Planter y Goser, D. José de la Calle y Sanchez, D. José Portilla y Sagamaga y D. Pedro Rodriguez Picazo. Estos diez señores ocuparán las vacantes, y los restantes hasta 44, á quienes se les han aprobado los ejercicios por haber obtenido, el que menos 147 puntos, quedarán probablemente de supernumerarios, esperando plazas para la Península ó para Ultramar.

Cuestion electoral. — Con motivo de las próximas elecciones generales dice *La Correspondencia Médica*:

«Si hasta ahora ha podido disculparse la indiferencia en que los hombres timoratos y los que nada tenían que esperar para sí, han permanecido cruzados de brazos ante el trabajo de iniquidad con que los hombres llamados políticos han llevado á cabo la obra de enriquecerse y elevarse á sí propios sin atender al interés de sus electores ni importárseles un bledo los males del pueblo; hoy ya es una falta, casi un delito, no acudir cada cual desde su puesto y con todos los medios de que pueda disponer, á conjurar de una vez los peligros que amenazan á la sociedad dando su voto á hombres de virtud reconocida, á hombres que no aspiren á vivir de la política, ni manifiesten, si es posible, el deseo de figurar en ella; á hombres que tengan mucho que perder y que nada tengan que ganar, ni se puedan prometer, de fomentar disturbios y desórdenes; á hombres que aunque no sean de extraordinarios conocimientos, sean amantes sinceros del orden, hombres honrados, de sana fé, amantes del bien general y que reciben nuestros sufragios como una carga y no como un favor, ni menos cuando para obtenerlo sean ellos los que vengan á solicitar vuestros votos en cambio de mercedes y de protecciones indignas; porque estos, sobre no cumplir nada de lo que prometen y olvidarse de todos sus ofrecimientos, vienen solo á medrar, á buscar empleos ó hacer negocios sucios que aumentan el malestar de los pueblos y la corrupción que nos devora.» Tiene razón nuestro colega.

Buen pensamiento.—El claustro de la Facultad de medicina de Granada ha tenido la oportuna y provechosa inspiración de fotografiar las principales piezas patológicas de su museo, y formando con ellas un elegante cuadro, enviarlo á todas las del reino y expresar su deseo de un cambio recíproco y amistoso, por cuyo medio todas las Escuelas puedan poseer muy fácilmente colecciones patológicas, cuyo examen siempre será importante.

Farmacias centrales.—El dueño de uno de estos establecimientos, Sr. Zardoya se ha dirigido á sus compañeros, demostrándoles los peligros e inconvenientes que tiene la costumbre arraigada en muchos pueblos de surtir las boticas de los vendedores ambulantes, que les suministran géneros falsificados y caros. Efectivamente, nos parece que este servicio, demasiado primitivo y algo semejante al de las caravanas de Africa, solo es propio de países poco civilizados, y que los farmacéuticos deben pensar ya seriamente en acudir para su surtido á centros industriales acreditados y provistos de los medios suficientes para obtener ventajas propias y beneficiar á los consumidores.

El catolicismo y la ciencia.—Tomado de *La Humanidad* inserta *El Pabellón Médico* en sus columnas un artículo sobre este tema, que termina diciendo: «El divorcio entre la religión y la ciencia es ya un hecho, pues la ciencia, habiendo hecho ya inútil la idea de Dios, adelanta cada día, y la religión, sirviendo á la perpetuación de esta idea, aun se encuentra en el punto que se hallaba al escribir Moisés su cosmogonía.» Tan grave proposición, aceptada sin el menor correctivo, pone al descubierto el exclusivismo de ciertas doctrinas, que aun despues de reconocer sus propios límites, no saben contenerse dentro de ellos. ¡La ciencia ha hecho inútil, absolutamente inútil, la idea de Dios! Y sin embargo, la ciencia no lo sabe todo ni puede saberlo. ¿Cómo, pues, ha de saber la inutilidad absoluta ó total de ninguna cosa, y mucho menos de la idea de Dios?

Asociaciones médicas.—Nuestro colega *El Propagador de la beneficencia*, aboga tambien por las asociaciones locales que hemos propuesto en los últimos números de nuestro periódico. Parece sin embargo que desea una organización demasiado restrictiva, cuyos inconvenientes hemos tratado de demostrar. El objeto de las asociaciones debe ser por ahora, en nuestro concepto, casi exclusivamente benéfico y de mútuo auxilio. Tanto peor para los que no hallen en estos objetos suficiente atractivo para asociarse.

Suscripción recomendable.—Lo es en sumo grado la que ha abierto la *Sociedad económica aragonesa de amigos del país* para remediar los perjuicios ocasionados por el último desbordamiento del Ebro. La miseria á que han quedado reducidas muchas familias es extraordinaria, y excita la compasión. En casos como este, un ligero sacrificio de todos puede ser la salvación de los desgraciados. Recomendamos á nuestros lectores esta obra de caridad.

VACANTES.

La de médico-cirujano o de profesor de segunda clase, habilitado de la villa de Lahorra, provincia de Burgos, partido de Roa, su dotación anual 500 pesetas pagadas trimestralmente de fondos municipales por la asistencia de 30 familias pobres: sesenta y dos pesetas más, por renta de casa, y las iguales con 230 vecinos pudientes y corta de leña, pudiendo además contratar los guardas de dos bosques próximos, si le conviniere al agraciado; es pueblo llano, sano y abundante de los artículos de primera necesidad. Las solicitudes se dirigirán al alcalde de esta villa en el término de 20 días á contar desde el día que se inserte este anuncio en la *Gaceta*. Lahorra 23 de Enero de 1871.—El secretario, *Antonio Mumbilla*. (425)

—La de médico-cirujano de Castilblanco, provincia de Sevilla; su dotación 1750 pesetas. Las solicitudes hasta el 16 de Febrero.

—La de médico de Medina-Sidonia, provincia de Cádiz; su dotación 1000 pesetas por la asistencia gratuita de la tercera parte de los enfermos pobres de la misma y las iguales con los vecinos acomodados. Las solicitudes hasta fin del corriente.

—La de médico-cirujano de Villalba, provincia de Lugo; su dotación 2.000 pesetas. El distrito se compone de 29 parroquias. Las solicitudes hasta el 20 del corriente.

—La de médico-cirujano de Tamames, provincia de Salamanca; su dotación 1.500 pesetas por la asistencia de unas 300 familias, pagadas por trimestres de fondos municipales y además el profesor agraciado podrá contratarse con la fuerza de la guardia civil de dicho punto. Las solicitudes hasta el 3 de Marzo.

—La de médico-cirujano de Manilva, provincia de Málaga; su dotación 1000 pesetas por la asistencia gratuita de los enfermos pobres y 2000 que producen las iguales con los vecinos pudientes. Las solicitudes hasta el 25 del corriente.

ANUNCIOS.

OBRAS QUE SE FACILITAN Á LOS SUSCRITORES DE EL SIGLO MÉDICO, CON EL 10 POR 100 DE REBAJA DE SUS RESPECTIVOS PRECIOS.

Tratado completo de Patología interna, por los Sres. Monneret y Fleury, traducido y aumentado por los editores de la Biblioteca escogida de medicina y cirugía.

En esta obra se compendian los conocimientos médicos de patología interna. Es una obra de consulta que suple á los diccionarios de medicina y reúne cuanto se ha escrito acerca de cada enfermedad.

Nueve tomos en 4.º á dos columnas, 230 reales en Madrid y 300 en provincias.

Ensayo de Medicina general ó sea de Filosofía médica, por D. Matías Nieto Serrano, doctor en Medicina y Cirugía.—Comprende esta obra un análisis de los principios filosóficos aplicados á la medicina: el examen de las cuestiones relativas á la certeza médica; el de las leyes anatómicas, fisiológicas y patológicas en general, y un estudio sintético del arte y de los fundamentos de la terapéutica. No hay cuestión grave de las relativas á los diversos ramos de la medicina, que deje de tener su lugar en este vasto cuadro.

Un tomo en 4.º de más de 500 páginas, 26 rs. en Madrid y 32 en provincias, franco de porte por el correo.

Bosquejo de la ciencia viviente.—**Ensayo de enciclopedia filosófica**, por D. Matías Nieto Serrano.

Se ha publicado un tomo, que encierra bajo el título de *Prólogo de la ciencia*, el sistema filosófico en general.

Consta de unas 600 páginas, de buena impresión: 32 reales en rústica.

Tratado de anatomía quirúrgica y de cirugía experimental, por J. F. Malgaigne, traducido de la segunda edición francesa por D. Matías Nieto Serrano, doctor en Medicina. Es la obra más extensa y redactada bajo un plan más nuevo y filosófico que se ha escrito sobre este ramo de la medicina.

Consta de dos tomos gruesos de 600 á 700 páginas en 8.º

El precio de la obra es de 56 rs. en Madrid y 64 en provincias.

Gaceaux. Tratado de obstetricia, traducido al castellano de la sétima edición. Dos tomos gruesos ilustrados con cinco láminas y 160 figuras intercaladas, 52 rs. en Madrid y 60 en provincias.

Se hallan de venta en Madrid; en las librerías de Bailly-Baillière y Moya y Plaza; y en provincias se hacen los pedidos á D. Matías Nieto Serrano, Calle de Jacometrezo número 66, cuarto tercero, remitiendo el importe en libranzas ó en sellos del franqueo.

TRATADO TEÓRICO Y PRÁCTICO DE LAS ENFERMEDADES DE LOS OJOS.

POR L. WECKER,

Segunda edición. Revista corregida y aumentada, con 10 planchas y un gran número de figuras intercaladas en el texto. Traducida al español y aumentada con más de un tomo de notas originales y gran número de grabados, por el doctor D. Francisco Delgado Jugo. Madrid, 1870-1871. Tres magníficos tomos en 8.º

Se ha repartido la primera entrega del tomo II de esta obra, que consta de 445 páginas con 85 grabados intercalados en el texto y 2 láminas litografiadas por el artista Bonon. Precio de la 1.ª entrega del tomo II, 6 pesetas y 50 cent. de peseta en Madrid y 7 pesetas en provincias, franco de porte.—La segunda entrega está en prensa y saldrá á la mayor brevedad.

Precio del tomo 1.º encuadernado en tela á la inglesa, 13 pesetas y 50 céntimos de peseta en Madrid y 14 pesetas y 50 cént. de peseta en provincias, franco de porte.

Se halla de venta en la librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Baillière, plaza de Topete, núm. 8, Madrid. (P. P.)

SIERRA Y LESEN

calle de Atocha, número 57, Madrid.

Constructores de aparatos eléctricos, especialidad en electro-medicinales.

Pilas de todos los autores.

(P. P.)

Imprenta de P. G. y ORGA.—[Biombo 4: MADRID, 1871.]